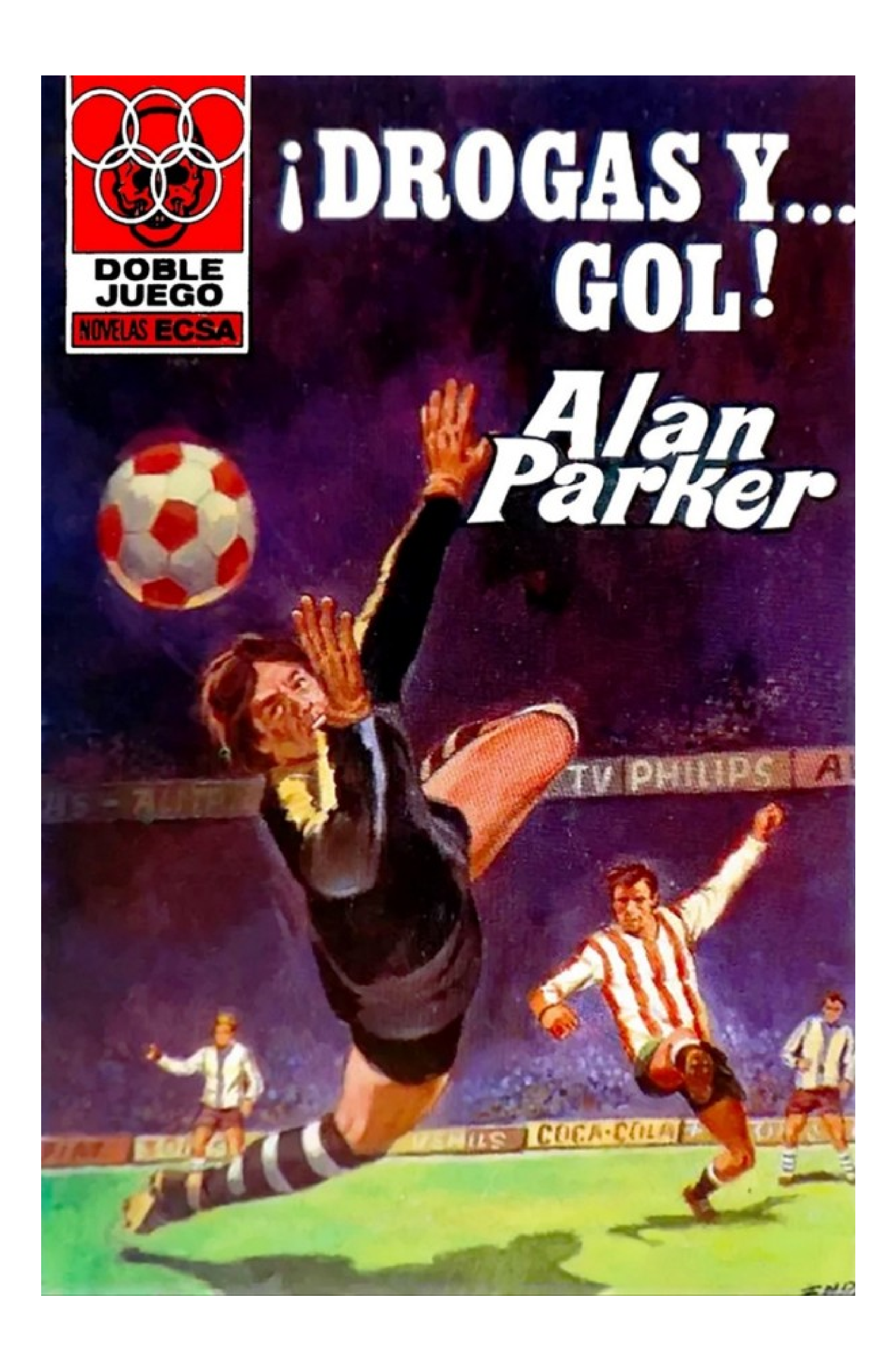
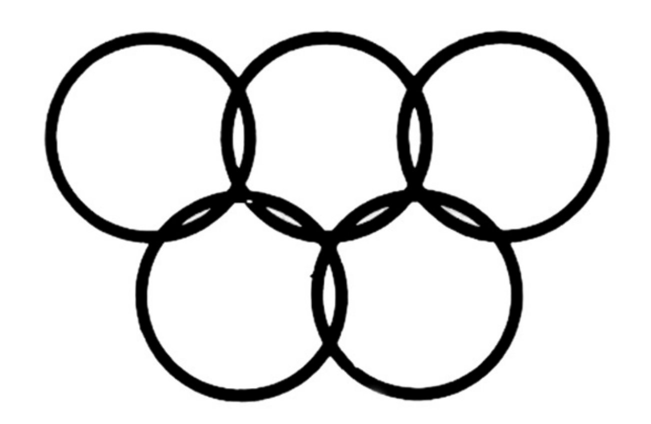

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
¡DROGAS Y...
GOL!
Alan
Parker
TV PHILIPS
COCA-COLA



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

ALAN PARKER

¡DROGAS Y... GOL!

Colección
DOBLE JUEGO n.º 9
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.940-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

INTRODUCCIÓN

El vestuario del London Eagles1 era una especie de hervidero humano; murmullos y gritos que se mezclaban con algún que otro taco, carcajadas y voces altisonantes. Era el mismo espectáculo de siempre poco antes de comenzar un partido, aunque, a decir verdad, aquel iba a ser un partido especial: ¡los Eagles iban a jugar la final de la Copa de Inglaterra!

Pero había algo que era incluso más importante que el propio partido: se trataba de la reaparición de Joy Baxter, el fabuloso número ocho de los Eagles.

Joy —un muchacho rubio de veinticuatro años, un metro ochenta y uno de altura, setenta y siete kilos de peso; un verdadero atleta y un as del fútbol mundial— procuraba mantenerse apartado de todo aquel bullicio, aunque demasiado bien sabía que los periodistas que en aquellos momentos entraban en el vestuario, irían a por él como buitres.

Y así fue.

En cuanto se abrió la puerta del vestuario —concesión especial del entrenador del equipo, Jack Gilmore, debido a la trascendencia del partido que se iba a disputar y porque había que satisfacer a los chicos de la prensa después de lo que había ocurrido con Joy— los periodistas, olvidándose de los demás jugadores, corrieron en busca del as de los Eagles.

Joy les recibió equipado, sentado en un banco. Ofrecía la imagen del reo al que un jurado va a coser a preguntas.

—¿Qué tal va eso, campeón? —fue la primera pregunta.

—Bien —respondió Joy.

—¿Estás en forma? —preguntó otro.

—Por supuesto. De otro modo el míster no me hubiese alineado para un partido tan importante como el que vamos a jugar.

—¿Cuántos goles piensas meterles a los muchachos del Bristol *Rangers*?

—Los que me dejen.

—¿Ya está todo olvidado, Joy?

El interior de los Eagles miró al que había hecho aquella pregunta tan estúpida. ¿Cómo se podía olvidar tan fácilmente lo que le había sucedido en las últimas semanas?

—¿Usted qué cree? —preguntó Joy a su vez.

—Es usted quien debería responder —insistió el periodista.

Joy se contuvo para no lanzarse al cuello de aquel imbécil y retorcérselo.

—No, no está olvidado —respondió Joy con un gruñido—. ¡Qué más quisiera yo!

—¿No teme que lo sucedido repercuta en su estado de ánimo durante el partido?

—Espero que no.

—¿Cómo cree que le recibirán sus fanes?

—¡Basta ya! —se oyó de pronto.

Jack Gilmore, un tipo bastante fornido vestido con un chándal, se acercó al grupo.

—Creo que alguno de ustedes está olvidando la promesa que me hizo —gruñó el entrenador de los Eagles—. Si autoricé esta entrevista en los vestuarios con Joy, fue a condición de que no le hicieran ninguna pregunta acerca de todo ese desagradable asunto. Y como veo que no han cumplido su promesa, les ruego que abandonen inmediatamente el vestuario.

Cuando los periodistas se hubieron retirado, Jack se sentó junto a su jugador.

—No les hagas caso, muchacho —le dijo—. No son más que pirañas. La culpa ha sido mía por dejarles entrar. Pero había que atenderles debidamente. Ya sabes cómo suelen gastarlas.

—No se preocupe, míster. Estoy bien.

—Magnífico. Y ahora un consejo, Joy. En cuanto salgas al campo quiero que lo olvides todo y que pienses únicamente en jugar y en hacerlo bien, ¿de acuerdo? Confío en ti.

—Sí, míster.

Jack le guiñó un ojo.

—¡Tenemos que triturar a esos fanfarrones del Bristol *Rangers*!

El entrenador se alejó lentamente mientras Joy dejaba escapar un bufido. Sabía que toda la mayor responsabilidad del partido recaía sobre él. Nadie parecía querer darse cuenta de que su estado

de ánimo no era el más apropiado para pensar en milagros. Sin embargo, haría cuanto pudiese. Era su obligación.

* * *

Diez minutos después, los muchachos del Eagle saltaban al terreno de juego en medio de una atronadora ovación y de un gigantesco ondear de banderas de sus seguidores.

Como era de esperar, una vez más, los periodistas y la televisión fueron en busca de Joy y este, en medio de un círculo humano, tuvo que soportar estoicamente un alud de fotografías, mientras en los graderíos volvían a sonar los aplausos, pero esta vez en honor de los muchachos del Bristol *Rangers* que acababan de saltar al terreno de juego.

Joy estaba ahora frente a un par de cámaras de la televisión soportando las preguntas de los entrevistado— res de turno, esos malditos pesados que con la excusa de que se deben al público, hurgan hasta en las entrañas.

Una vez libre de ellos, el jugador se dirigió a donde estaban sus compañeros, con el fin de pelotear un rato hasta la aparición del árbitro. A cada minuto que transcurría se sentía más nervioso.

Sabía que los cien mil espectadores que abarrotaban el estadio de Wembley estarían pendientes de él. «¡Mirad! ¡Aquel es Joy Baxter! ¿Creéis que después de lo ocurrido volverá a ser el de antes? Yo creo que no. El fútbol se ha terminado para él…»

Pero no solo iban a ser los cien mil espectadores los que iban a estar pendientes de él; también lo estaría su entrenador y sus propios compañeros. Todos confiaban en Joy Baxter para resolver aquel partido.

¡Qué tremenda responsabilidad! Y a cada instante que pasaba se sentía con menos fuerzas para afrontarla.

—¡Duro con ellos, Joy! —oyó que le decía Dick Curtis, el extremo izquierdo.

Joy asintió con la cabeza en el instante en que la pelota se ponía en juego.

Durante los primeros minutos del partido, Joy parecía estar flotando en el campo. No dio una a derechas. Se mostraba torpe, fallón, como si fuese la primera vez que jugaba un partido de fútbol. Se escucharon los primeros abucheos.

Ahora estaba seguro de que fracasaría, de que aquel partido podía significar su entierro en el mundo del fútbol. ¡Oh, sí! ¡Estaba acabado! No solo las lesiones pueden acabar con la carrera profesional de un jugador de fútbol; también pueden hacerlo otras cosas, algunas más graves que una lesión. De pronto se encontró solo ante el portero contrario. ¡Era tan fácil meter aquel gol como coger a un niño de la mano! Y, sin embargo, envió la pelota a las nubes. Ridículo en un jugador de su talla. Estaba tan abatido que ni siquiera oyó las palabras de consuelo de sus compañeros.

Rogó mentalmente a su entrenador para que le sustituyese. Quería terminar con aquel suplicio. Los abucheos le estaban desmoralizando totalmente. Se empezaron a oír los primeros insultos...

—¡No te desanimes, Joy! —oyó que le decía Perry Blackie a sus espaldas.

Aquel era un buen muchacho y un gran centrocampista.

La primera mitad terminó con empate a cero.

El partido no había sido brillante ni mucho menos. Jack Gilmore estaba bastante disgustado.

—¿Cómo diablos se pueden fallar los goles que habéis fallado vosotros? —les gritó en el vestuario.

—Toda la culpa es mía, míster —dijo Joy—. Debería sustituirme.

—¡Pues no voy a hacerlo! —le respondió el entrenador—. Vas a jugar esta segunda mitad y lo vas a hacer mejor que en la primera, ¿de acuerdo, Joy?

Pero él sabía que no podría hacerlo, que volvería a fallar.

Jack le cogió por un brazo y se lo llevó a un rincón.

—Lo tuyo es cuestión de mentalización, Joy —le dijo amigablemente—. Tú sabes, y yo también sé, que puedes hacerlo muchísimo mejor y que, si te lo propones, llevarás a tus compañeros al triunfo... Joy, se trata de la final de la Copa. ¡Podemos ser campeones! ¿Comprendes? ¡Campeones de Copa! Y el año que viene a Europa...

—Lo sé, míster... —respondió abatido Joy—. Y le juro que estoy haciendo lo que puedo, pero...

—Pero ¿qué? ¡Olvídate de una puñetera vez de todo lo que ha ocurrido! Ya está pasado. En el cubo de la basura, ¿eh? Así que

bórralo de tu mente.

—¿Ha oído los insultos? —preguntó amargamente Joy.

—No les hagas caso. Joy, todo tu problema se arreglará en cuanto marques el primer gol. ¡Tienes que marcar un gol, muchacho! Es el mejor remedio.

La segunda parte comenzó con las mismas características que la primera.

Pero con una pequeña diferencia.

Ahora los muchachos del Bristol *Rangers* atacaban con más garra. Se habían dado cuenta de que podían vencer a los famosos Eagles, cuya figura, Joy Baxter, era una sombra que se movía por el campo y había contagiado a sus compañeros.

Estrellaron un balón en el poste, y un remate de cabeza de su delantero centro estuvo a punto de convertirse en el primer gol. Afortunadamente, Wilson, el defensa lateral derecho de los Eagles, despejó la pelota de la misma raya.

Se mascaba la tragedia.

Porque iba a ser una tragedia que los Eagles no venciesen a los del Bristol *Rangers*, un equipo mucho más modesto y ascendido a primera división hacía tan solo tres temporadas.

Y la tragedia empezó a tomar forma cuando los del Bristol marcaron el primer gol.

Fue a la salida de un córner. Su extremo, Max Coster, entró como un rayo al remate de aquella pelota y la clavó en la red de los Eagles, ante la desesperación de estos.

Y solo faltaban dieciocho minutos para terminar el partido…

Joy miró en dirección al banquillo. Estaba angustiado. Se sentía culpable de todos los males de su equipo y quería que Jack le sustituyese. Pero este se limitó a negar con la cabeza. «No, Joy. No voy a sustituirte. Nada de eso. Vas a morir en el campo…»

Afortunadamente, ocho minutos después empataban.

Fue un magnífico centro de Perry Blackie al área contraria. El balón cayó a los pies de Wilson y este, sin pensárselo dos veces, chutó con fuerza y colocó el balón en la portería de los del Bristol.

Aquello les dio un pequeño respiro y nuevas fuerzas para seguir atacando en busca del gol de la victoria. Joy seguía sin dar una a derechas. Fallaba en todo. Era una verdadera calamidad. ¿Por qué diablos Jack no le sustituía?

¿O es que aún no se había dado cuenta de que su carrera como futbolista había terminado? ¡Nunca más volvería a ser el mejor delantero de Inglaterra y uno de los mejores de Europa! Habían ocurrido demasiadas cosas.

Súbitamente, Joy, que se encontraba dentro del área contraria y a muy pocos metros de la portería, vio un balón bombeado viniendo en dirección a su cabeza. Solo faltaban tres minutos para terminar el partido.

En circunstancias normales, aquel era un balón de gol. Un simple remate bien colocado y adentro...

Pero ¿podría conseguirlo ahora? ¿Sería capaz de marcar el gol de la victoria para su equipo?

Era una responsabilidad tremenda. Estaba seguro de que en aquellos momentos todos estaban pendientes de él en el gigantesco estadio: público, entrenador, jugadores...

Aquella era una situación en la que ya se había encontrado otras veces, pero que siempre había sabido resolver como se esperaba de una figura como él.

Sin embargo, ahora era distinto.

Muy distinto.

El miedo al fracaso agarrotó todos los músculos de su cuerpo en el momento de saltar para cabecear la pelota, y, en aquellas décimas de segundo, su mente retrocedió a algunos meses atrás...

CAPÍTULO PRIMERO

Joy se levantó temprano aquella mañana para ir a entrenar.

Jugaba entonces en un equipo de segunda división llamado Chatham Albion, y en él era la figura indiscutible.

Era una mañana de noviembre. Hacía un frío aterrador.

Joy abandonó su modesta casa que compartía con una hermana llamada Susy. Sus padres habían muerto hacía ya varios años.

Chatham es una pequeña población donde no hay distancias, así que Joy se dirigía a pie hasta el pequeño campo de fútbol, capaz para unos quince mil espectadores. Era una costumbre que había adquirido y, lloviera o nevase, con frío o calor, Jamás dejaba de hacer aquel camino a pie. Solía decir que aquella caminata calmaba sus nervios y fortalecía los músculos de sus piernas.

Cuando estaba a punto de alcanzar las instalaciones donde tenían lugar los entrenamientos, vio que alguien le estaba esperando en la puerta de las mismas. Era María, una bella italiana. Tenía diecinueve años y era la hija del propietario de una pizzería. Estaba apoyada en el muro. Con una mano sujetaba una bicicleta.

—Hola, Joy —le saludó ella con una sonrisa, una bella sonrisa franca y abierta.

Joy sabía que aquella muchacha estaba enamorada de él.

—Hola, María. ¿Qué estás haciendo aquí con este frío?

—Esperándote. Tenemos que hablar.

—No tengo tiempo. He de entrenar.

—Lo que tengo que decirte es muy corto. Mi amiga Betsy da una fiesta esta noche. ¿Quieres ser mi pareja?

—No suelo salir por las noches, María. Tengo que cuidarme.

—Vamos, no seas tonto. ¿Qué daño puede hacerte? Solo se trata de charlar un rato y tomar algunas copas.

—Pasado mañana tenemos un partido muy importante en Blackpool. Lo siento. No podré ir.

—¿Tengo que arrodillarme para pedírtelo, Joy?

El muchacho dejó escapar una corta sonrisa.

—Está bien. Pero solo podré quedarme una hora, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! Nos encontraremos en casa de Betsy Crawford a las ocho. ¿Sabes dónde vive?

—¡Claro! ¿Quién no conoce a Betsy?

Los padres de Betsy eran los propietarios de un supermercado y la muchacha era la encargada de llevarlo.

María le dio un beso en los labios a Joy como despedida, montó en la bicicleta y se alejó pedaleando armoniosamente por la carretera que conducía al centro de la ciudad.

«Es bonita», pensó Joy mientras observaba el ondulante movimiento del cuerpo de la muchacha.

Cuando Joy entró en el vestuario, su entrenador, Freddy Corps, gruñó:

—Llegas tarde.

—Lo siento, míster. Me he encontrado con un amigo y me ha entretenido.

—Un amigo muy guapo, por cierto —volvió a gruñir Freddy.

Joy comprendió que le habían visto en compañía de María. Sus compañeros se echaron a reír. Freddy le señaló con un dedo.

—Cuidado, Joy. Las chicas y el fútbol están reñidos.

Los entrenamientos de Freddy Corps, un viejo zorro del fútbol pero con demasiados años para entrenar a un primera división, eran duros y efectivos. Dedicaba una especial atención a los desmarques y a los tiros a puerta desde todos los ángulos. Joy tenía una gran habilidad para disparar desde fuera del área. Había conseguido muchos goles desde esa posición. Era el encargado de lanzar las faltas y los penaltis.

Cuando llevaban media hora de entrenamiento, se puso a llover torrencialmente, así que Freddy dio por terminado el mismo.

—¡Pero mañana os quiero aquí una hora antes! —les gritó mientras se dirigían corriendo hacia los vestuarios.

En el instante en que Joy se encontraba en la ducha, Freddy se acercó a él.

—Joy, creo que alguien está siguiendo tus pasos —le dijo.

—¿Qué quiere decir, míster?

—He oído rumores de que un directivo y el entrenador del London Eagles piensan asistir al partido contra el Blackpool. Y su objetivo es ficharte.

Joy se quedó sin habla.

* * *

Aquella noche estaba tan contento por la noticia que fue el principal animador de la fiesta. María le dijo, sorprendida, que desconocía aquella faceta suya, puesto que se había mostrado como un consumado bailarín. Incluso llegó a beber más de la cuenta y un par de horas más tarde, cuando él y María abandonaron la casa de Betsy, Joy estaba visiblemente bebido.

Se metieron en el viejo coche del muchacho y este dejó caer la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Se puede saber qué te pasa, Joy? —preguntó la chica mientras encendía un cigarrillo—. Cualquiera diría que has cobrado una herencia.

—Voy a ser famoso, María... —respondió él, con los ojos mirando el sucio tapizado del coche.

Ella se acurrucó junto a Joy y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Ah, sí? ¿Vas a ser famoso? ¿Por qué no me lo cuentas todo?

Joy se lo contó.

—¿Te imaginas lo que significaría para mí fichar por los Eagles, María? Fama, dinero... ¡Oh, sería fantástico!

La italiana le acarició la mejilla y luego le besó en la comisura de los labios. Cuando estaba junto a Joy sentía hervir su sangre joven. No podía remediarlo.

—Y si algún día llegas a ser rico, ¿seguirás acordándote de mí, Joy?

—¡Claro!

Las caricias de la muchacha habían empezado a ponerle nervioso. Su perfume le embriagaba. Joy puso una mano sobre los muslos de ella. María le miró sonriendo y se subió la falda. El contacto de sus dedos con la suave piel de los muslos de la chica le enervó de tal forma que ella soltó una carcajada.

—¿Qué te pasa, Joy? ¿Es que nunca le has tocado los muslos a una chica?

Molesto por la insinuación de María, Joy retiró rápidamente la mano pero ella volvió a cogérsela. Esta vez no se la colocó sobre sus muslos sino un poco más arriba. Joy la miró, sorprendido.

Ella se echó hacia atrás y luego le abrazó.

—¡Hazme el amor, Joy! —le suplicó.

* * *

Aquella fue una experiencia única para Joy, puesto que María había sido la primera mujer de su vida.

Hasta entonces se había limitado a estudiar y a jugar al fútbol. Le gustaban las chicas como al primero, pero las había rehuido por timidez y porque su deber era cuidarse si quería llegar a ser una gran figura.

Pero claro, siempre se dijo a sí mismo que el momento tenía que llegar algún día. Y el momento había llegado. Y desde luego no se arrepentía. Lo había pasado estupendamente con María. La muchacha demostró una experiencia que dejó asombrado a Joy.

Pensó en aquella noche muchas veces durante el resto de la semana y a punto estuvo de llamarla por teléfono para concertar otra cita, pero tenía que pensar en el partido de aquel sábado, una fecha que podía ser muy importante para su carrera, y por lo tanto tenía que saltar al terreno de juego en plenas condiciones para no defraudar a los directivos del Eagles.

Así que, muy a pesar suyo, dejó la cita para un momento más oportuno.

* * *

El campo del Blackpool estaba abarrotado de público. Era un público chillón y terriblemente apasionado.

Los muchachos del Chatham, encerrados en unos vestuarios llenos de humedad, oían los gritos y el sordo murmullo de los espectadores como el zumbido de un enjambre de abejas.

—¡Este lugar es una mierda! —gritó Wilson.

Joy fue en busca del entrenador.

—Míster, ¿qué sabe de esos directivos?

—Lo que te dije. Es posible que hayan venido al partido, Joy…

—¿Qué?

—¿Quieres un buen consejo?

—¡Claro!

—Olvídate de ellos y juega al fútbol, ¿de acuerdo? Si piensas en que esos directivos del Eagles van a estar pendientes de ti, no darás

una a derechas. ¿Comprendido?

—Lo intentaré.

—A lo mejor ni siquiera aparecen por aquí, Joy.

Joy procuró hacer caso del consejo de su entrenador. Intentó olvidar lo que se jugaba en aquel partido y se limitó a hacerlo lo mejor posible.

Cuando él funcionaba, lo hacía todo el equipo y por ese motivo se adelantaron en el marcador con un precioso gol de su delantero centro, Jillman.

El entrenador del Blackpool comprendió que había que marcar estrechamente a Joy y solicitó un cambio. El defensa que salió de refresco se convirtió en la sombra de Joy. Le perseguía por todo el campo como un galgo a una liebre.

Pero Joy no estaba dispuesto a que aquel energúmeno le estropease la fiesta.

—¡Es un maldito guarro! —se quejó indignado Joy durante el descanso—. ¡No hace más que darme patadas!

—Ten calma, Joy —le aconsejó el entrenador—. ¿No te das cuenta que te está provocando para que te vuelvas y el árbitro te enseñe la roja? De todos modos, en esta segunda mitad jugarás más retrasado. Si quiere seguirte, abrirá huecos y eso facilitará las incursiones de los otros delanteros.

Jugar retrasado significaba no poder lucirse tanto. A Joy le gustaba pisar de vez en cuando el área contraria. Y marcar algún gol.

Pero aquel tipo, siguiendo las órdenes de su entrenador, machacaba a Joy allá donde iba, y aunque este lograba burlarle con regates secos, el defensa volvía una y otra vez a la carga.

Sin embargo, Joy tenía su tarde. Todo le estaba saliendo a la perfección, y aunque le hubiesen puesto un tanque para marcarle se habría salido con la suya.

Sus pases largos, a las alas, eran perfectos y, fruto de uno de esos pases, vino el segundo gol de su equipo cuando apenas faltaban diez minutos para terminar el partido. Aquello estaba listo para sentencia. El Chatham seguiría siendo el primero en la tabla.

De pronto, ocurrió una tragedia.

Joy controló un balón en el centro del campo y viéndose libre de su marcador, se lanzó hacia la portería contraria. Quería rubricar su

brillante actuación con un gol.

Un regate, otro, otro…

Súbitamente un pie se interpuso en su camino. Era el pie del bulldog. Joy cayó al suelo como un saco de patatas y acto seguido notó un fuerte dolor en su pierna derecha.

Intentó levantarse, pero no pudo.

Entonces, tuvo la certeza de que su lesión era más seria de lo que había pensado en un principio.

* * *

—¿Significa eso que tendrán que operarme, doctor? —preguntó angustiado Joy tumbado en la mesa de la consulta del médico del equipo.

—Por supuesto, Joy. Y cuanto antes, mejor.

—¿Quedaré bien?

Abelman sonrió.

—Claro, hombre. Es una lesión muy común en los jugadores de fútbol. He operado a cientos.

Joy fue operado tres días después sin ninguna clase de complicaciones.

—Todo ha ido muy bien, muchacho —le dijo Abelman al día siguiente de la operación.

—¿Cuándo podré volver a entrenar?

—Dentro de un par de meses.

—¡Dos meses!

María vino a visitarle aquella tarde y cuando Joy la vio sintió una especie de hormigueo en la boca del estómago. Era una muchacha preciosa y terriblemente apasionada. Joy observó que estaba un poco triste.

—¿Qué te ocurre, María?

—Mi familia se traslada a Londres, Joy.

—¿Qué?

—Mi padre se ha empeñado en vender la pizzería y abrir otra en Londres.

—¡Oh, no! ¿Y cuándo te marchas?

—La próxima semana.

Ella le cogió una mano.

—Joy, te echaré mucho de menos.

—Yo también a ti.

Cuando Joy abandonó la clínica una semana después, estaba de un humor de perros. María se había largado; no había vuelto a tener noticias de su posible fichaje por los Eagles, y, encima, no podía entrenar hasta dentro de dos meses. ¿No era para volverse loco?

Una fría tarde del mes de diciembre, poco antes de navidad, Joy estaba mirando la televisión cuando oyó que llamaban a la puerta. Su hermana fue a abrir y al poco rato apareció en el comedor su entrenador Freddy Corps.

—Hola, Joy —le saludó el viejo zorro del fútbol sentándose en el sofá, frente al muchacho.

—¿Qué tal, míster?

—¿Cómo va esa pierna?

—Ya empiezo a moverla.

—Estupendo.

—¿Cómo va todo?

—Bien.

—¿Qué pasó el sábado, míster?

—Nos metieron una buena paliza. Y es que faltabas tú, ¿sabes?

—No será para tanto.

—Creo que a partir de ahora voy a tener muchos problemas, Joy —dijo el míster encendiendo su vieja pipa.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, a que si tú no estás en el equipo no sé cómo voy a apañármelas —Freddy Corps le guiñó un ojo.

—No le entiendo, míster... —Joy observaba a su entrenador intentando adivinar el significado de sus palabras.

—Quiero decir que no va a ser fácil sustituirte, Joy —respondió Corps sonriendo.

Joy empezó a comprender. Casi pegó un brinco en el butacón.

—¿No irá a decirme que...?

—Sí, Joy. Ya es oficial. En el club se ha recibido una oferta por ti de los Eagles...

CAPÍTULO II

Cuando el presidente del Chatham Albion, Marc Simpson, un rico industrial de la pequeña ciudad, le comunicó a Joy que iba a ser traspasado al Eagles, lo hizo con lágrimas en los ojos.

Era un buen tipo, algo regordete y de rostro sonrosado. Conocía a Joy desde que era pequeño y jugaba en las calles con pelotas de goma.

—No solo voy a perder a un gran jugador, sino a un buen amigo, ¿verdad, Joy?

—Sí, señor Simpson. Es verdad. Somos buenos amigos.

—Todos te echaremos mucho de menos, Joy. Pero así es la vida. Y por otro lado, no sería justo que dejases escapar esta oportunidad, porque fichar por un gran equipo como los Eagles no cabe duda de que es una gran oportunidad. Naturalmente, recibirás tu parte del traspaso...

—Lo dejo todo en sus manos, señor Simpson. En este momento no pienso en el dinero, sino en mi futuro.

Joy se trasladó a Londres tres días más tarde y en la sede del Eagles, después de una breve ceremonia, tuvo lugar el acto de la firma del contrato. No era ningún contrato supermillonario ni mucho menos, pero sí bastante sustancioso, mucho más de lo que Joy hubiera imaginado nunca.

Después de las fotografías de rigor a cargo de los periodistas que se encontraban allí —en realidad solo tres—. Joy se trasladó al despacho del presidente, señor Engels. También estaba presente allí el entrenador del equipo, Jack Gilmore.

Joy tomó asiento en un cómodo butacón delante de los dos hombres.

—¿Cómo va la pierna, muchacho? —le preguntó el entrenador.

—Mucho mejor.

—Los informes de nuestros servicios médicos —dijo el señor Engels con una simpática sonrisa— son muy optimistas. Estás en plena forma, muchacho, y dentro de unas tres semanas ya podrás

entrenar con tus nuevos compañeros.

—Eso espero, señor Engels.

—Hasta entonces —el entrenador Jack Gilmore le tendió un papel a Joy— ahí va lo que tienes que hacer día a día. Creo que sería conveniente que te quedases a vivir en Londres con objeto de acudir todos los días a recuperación. ¿Qué te parece?

—Sí, yo también creo que es lo mejor, señor Gilmore —asintió Joy—. Chatham queda un poco lejos.

—¿Tienes algún lugar donde alojarte? —le preguntó el presidente encendiendo un enorme puro.

—No, señor. No tengo a nadie en Londres, ni siquiera un amigo.

—Entonces te buscaremos un apartamento. Los gastos de alquiler correrán a cargo del club.

Joy viajó a Chatham aquella misma noche y le comunicó a su hermana que se trasladaba a vivir a Londres. Ella quiso acompañarle para cuidar de él como siempre había hecho desde la muerte de sus padres, pero Joy se opuso.

—No, hermanita. Tu vida está aquí. Londres no te gustaría. Y por otro lado, ya es hora que vivas tu propia vida sin tener que estar siempre pendiente de mí. Te enviaré dinero todos los meses.

—No, Joy. No será necesario. Tengo mi propio trabajo y podré subsistir.

—Nada de eso —replicó Joy acariciando el rostro de su hermana —. Es lo menor que puedo hacer por ti después de tantos sacrificios. Así que nada de excusas. Tendrás tu dinero y en paz.

Su hermana se echó a llorar y Joy la consoló diciendo que no se iba a la guerra.

—Al fin y al cabo Londres no está al otro lado del mundo, hermanita. Podremos vernos cuantas veces quieras.

Al día siguiente, la directiva, el cuadro técnico y los jugadores del Chatham dieron una comida en honor de Joy. Una comida de despedida. Joy estaba muy emocionado. Finalmente, todos brindaron por sus éxitos.

Aquellas últimas horas habían sido las más felices en la vida de Joy Baxter. Ahora se abría ante él un futuro esperanzador. Sin embargo, lo que nadie sabía en aquel momento era que las cosas no se iban a presentar tan fáciles.

La vida iba a cambiar completamente para Joy.

* * *

Los primeros días en Londres fueron los más duros. Ahora vivía en un coquetón apartamento de la calle Fargo, en Kensigton, cerca de una plaza poblada de palomas. Era un bonito dúplex muy soleado. Se levantaba temprano, cogía un taxi y se iba a las instalaciones del club para hacer los ejercicios de recuperación. Luego, de vuelta a su nuevo hogar. Comía en un restaurante cercano y se encerraba en el apartamento hasta el día siguiente.

Nunca en toda su vida había leído tantas revistas ni había visto tanta televisión. Pero ¿qué otra cosa podía hacer en un lugar donde no conocía a nadie? Y lo peor de todo era que ninguno de sus nuevos compañeros se había ofrecido para amenizar un poco su estancia en Londres. Joy tenía la impresión de que no les había caído demasiado bien, aunque podía tratarse de simples figuraciones suyas. Pero ya habría tiempo para ganarse su confianza...

Una lluviosa tarde del mes de marzo mientras se encontraba aburrido viendo una película policíaca por televisión, llamaron a la puerta. Joy, cojeando ligeramente, fue a abrir.

—¡María!

—Hola, Joy —le saludó ella muy contenta—. ¿Puedo entrar?

—¡Claro!

Joy recordó de pronto que la muchacha le había dicho que se trasladaba a vivir a Londres con su familia. ¡Qué estúpido había sido! ¿Por qué no se había acordado antes?

—¿Cómo has dado conmigo, María?

—Muy fácil. Anteayer estuve en Chatham para solucionar ciertos asuntos de papá. Fui a tu casa y tu hermana me lo contó todo. ¡Chico, qué suerte has tenido!

—Sí, no puedo quejarme. Pero siéntate... ¿Quieres tomar algo? Solo puedo ofrecerte algún refresco.

—No, gracias, Joy. No tengo sed —respondió ella.

Se había sentado en el sofá y había cruzado sus bonitas piernas dejando entrever el inicio de sus muslos. Joy sintió un hormigueo en la boca del estómago.

—Tienes un apartamento muy bonito, Joy —le dijo la muchacha echando un vistazo a su alrededor—. Debe costarte muy caro.

—No lo sé. El alquiler lo paga el club.

—¡Humm! ¡Eso sí que es tener suerte!

Joy se sentó al lado de la muchacha. Había cambiado de perfume.

—Y a ti, ¿cómo te van las cosas por Londres? —le preguntó él.

—No puedo quejarme, aunque se puede decir que acabamos de llegar. Tenemos la pizzería en un bonito barrio, cerca de Piccadilly. A ver si algún día te dejas caer por allí…

—Claro que iré.

Ella lo miró fijamente.

—Te he echado mucho de menos, Joy.

—Yo también a ti. Aún no he podido olvidar aquella noche al salir de la fiesta de Betsy.

María acarició el rostro del muchacho. Joy experimentó un escalofrío.

—¿Te gustaría repetirlo?

—Sí.

Ella le besó en la boca. Joy la abrazó con tal fuerza que temió haberle hecho daño. La muchacha se puso en pie y empezó a desnudarse. Joy la miraba como embelesado. María, con unas diminutas braguitas blancas como única prenda, se puso de rodillas en el sofá.

—¿Es que no piensas desnudarte, Joy?

—Sí, claro…

La muchacha le pasó un dedo por los labios.

—Eres muy tímido, Joy. Demasiado tímido.

Y entonces, ella, empezó a desabrocharle la camisa…

* * *

Por fin llegó el día en que Joy empezó a darle otra vez al balón.

—Tómatelo con calma, muchacho —le aconsejo el entrenador—. Hay tiempo para todo.

Joy se limitó a hacer algunas carrerillas controlando el balón y templándolo sobre el área para que, desde allí, sus compañeros rematasen a puerta.

Joy se mostró bastante torpe y no sabía si atribuirlo a su lesión o a un complejo de inferioridad con respecto a sus nuevos compañeros, todos ellos grandes figuras del fútbol inglés. Se sentía

como un pececillo entre tiburones.

El único que se acercó hasta él para darle ánimos fue el defensa central, Clay Jacobs. Era un tipo imponente, un verdadero atleta.

—A mí me ocurrió lo mismo cuando vine fichado del Wolverhampton, pero te acostumbras enseguida. ¡Arriba ese ánimo, hombre!

Joy empezó a soltar lastre y, como sea que su pierna funcionaba de nuevo a la perfección, comenzó a moverse con mucha más soltura, aunque a veces temía darle con fuerza al balón por temor a una nueva lesión.

Un día su entrenador, Jack Gilmore, le dijo:

—Tienes que perder ese miedo, Joy. Tu pierna ya está completamente curada.

Luego ordenó a un portero que se colocara bajo la portería y a Joy que le chutase desde todas las direcciones. Al principio lo hizo con bastante miedo, pero poco a poco fue cogiendo confianza en sí mismo.

—¡Eso está mucho mejor, Joy! —oyó que le decía el entrenador.

Una semana después, Jack Gilmore le comunicó una buena noticia:

—Vas a venir con el equipo en el próximo desplazamiento.

—¡Eso es fantástico, míster!

Joy abandonó el entrenamiento más contento que unas pascuas. ¡Por fin iba a tener su primera oportunidad! Claro que el hecho que fuese con el equipo no significaba forzosamente que saltase al terreno de juego, pero el hecho de que Gilmore le hubiera convocado ya era un buen síntoma.

Se dirigió a su coche —un «Mini» recién estrenado— y se encontró con alguien esperándole.

—Hola, Joy.

—María… ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Ya lo ves, esperándote.

—Lo siento, nena. Pero hoy no vamos a poder estar juntos, ni tampoco el resto de la semana. El sábado tengo que estar en plena forma porque por fin, a lo mejor, juego.

—Es una buena noticia, Joy. Y también una lástima porque me había hecho a la idea de pasar la tarde juntos. Oye, ¿por qué no vienes a almorzar a la pizzería? Mis padres se alegrarán de verte.

—De acuerdo.

La pizzería del señor Minnelli era muy bonita y estaba perfectamente acondicionada. Los padres de María eran muy simpáticos y se mostraron muy contentos de volver a ver a Joy, «el diablo rojo del Chatham» como le llamaba el señor Minnelli, un hincha del equipo.

La muchacha en persona le sirvió una hermosa pizza confeccionada exclusivamente para él. Luego se sentó en una mesa desde la que se podía ver la calle.

—¡Está riquísima! —exclamó Joy con la boca llena.

—Joy… —susurró ella de pronto.

—¿Qué?

La muchacha avanzó el cuerpo hacia él.

—Quiero pedirte un favor —le dijo.

—¿De qué se trata?

—Necesito cinco mil libras.

Joy la miró sin decir nada y sin dejar de masticar.

—¿Cinco mil libras? —repitió el muchacho—. Es mucho dinero.

—¿Puedes prestármelas o no?

—Claro, pero…

—Te las devolveré.

—No lo digo por eso, María. ¿Para qué necesitas cinco mil libras?

—No puedo decírtelo.

—Está bien. Te las prestaré. ¿Cuándo las necesitas?

—Para esta noche. Pasaré a recogértelas por tu apartamento, ¿de acuerdo?

Aquella misma noche, a las ocho y media, sonó el timbre de la puerta. Era María.

—¿Tienes el dinero?

Joy la observó. Estaba pálida y tenía ojeras.

—Sí…

Joy abrió un cajón de la cómoda y se lo entregó.

—Gracias, Joy. Nunca olvidaré esto —María le dio un beso y se encaminó hacia la puerta.

—María…

La muchacha se volvió antes de salir.

—Sin preguntas, Joy —le dijo—. Sin preguntas…

Y abandonó el apartamento.

Joy se acercó a una ventana y la vio cruzar la calle y meterse en un coche. Este arrancó poco después y se perdió en la oscuridad de la noche.

«Algo le ocurre a esa chica», se dijo Joy.

* * *

Los chicos del Aston eran duros.

Entraban sin contemplaciones. Jugaban una especie de fútbol-fuerza carente de técnica, pero bastante eficaz, sobre todo en los contraataques, en los que en más de una ocasión habían cogido a contrapié a la defensa de los Eagles.

Y eso les había costado un gol.

Un gol que no había forma de igualar. Los muchachos del Eagles habían estrellado dos balones en la madera, pero no era excusa. Eran superiores y tenían que demostrarlo.

—¡Están cagados de miedo! —gruñó el entrenador.

Joy, sentado a su lado, en el banquillo, muerto de frío, tenía la barbilla pegada al chándal de color azul y de vez en cuando alzaba los ojos para observar el desarrollo del partido. Su entrenador tenía razón; sus compañeros estaban cagados de miedo.

De pronto, y cuando solo faltaban siete minutos para terminar el primer tiempo, vino el gol del empate. Fue un bonito remate del delantero centro.

—¡Eso está mejor! —exclamó Jack Gilmore.

Luego, en los vestuarios, Gilmore les ordenó que se fueran más al ataque.

—¿Qué diablos os pasa? ¿Es que les tenéis miedo? ¡Maldita sea! El fútbol no es un juego de señoritas y si esos cerdos entran duro, no quiero que os arruguéis, ¿está claro? ¡Y jugad por las alas de una puñetera vez!

Los Eagles dominaron durante los primeros quince minutos de la segunda mitad, jugando por las alas y en profundidad. Se mascaba el gol de la victoria. Jack consultaba una y otra vez su reloj y dejaba escapar algún que otro gruñido.

De pronto, el interior derecho del Eagles recibió una violenta entrada por parte de un defensa contrario. El alarido de dolor se oyó en todo el campo. El masajista salió disparado del banquillo,

cruzó el terreno de juego a toda velocidad. Se agachó junto al lesionado y a los pocos instantes se volvió hacia el banquillo solicitando el cambio.

Joy miró a su entrenador. «Vamos, míster —pensó—. ¡Sáqueme a mí!».

Jack Gilmore le hizo un gesto con la mano.

—Ha llegado tu hora, muchacho. ¡A ver qué tal te portas!

Joy no se lo hizo repetir dos veces y se despojó del chándal. Jack Gilmore salió al encuentro del lesionado que avanzaba hacia el túnel de vestuarios apoyándose en el masajista y en un compañero. Cambió unas palabras con él y luego regresó junto a Joy.

—Quiero que juegues como punta de ataque —le dijo—. Dile a Blackie que se retrase. ¿De acuerdo?

—Pero míster, yo no estoy acostumbrado a jugar en punta —objetó tímidamente Joy.

—¡Pues tendrás que acostumbrarte!

Durante los primeros diez minutos, no dio una a derechas. Estaba perdido, desconcertado. Indudablemente, no era lo mismo jugar con el Chatham que hacerlo en el Eagles. Ni mucho menos. Aquí la responsabilidad era mucho mayor y además estaba jugando en una demarcación que no era la suya.

Pero poco a poco se fue entonando y su *dribling*, seco y corto, empezó a sembrar el desconcierto entre la defensa contraria, puesto que su gran zancada le permitía rebasarles la mayor parte de las veces. Sus centros al área eran mortales y fruto de uno de esos centros vino el segundo gol de su equipo.

Jack Gilmore, desde el banquillo, se limitó a exclamar:

—¡Por fin tengo el delantero que andaba buscando!

CAPÍTULO III

Los periódicos deportivos de la mañana dedicaron una especial atención al partido de Joy. Todos los especialistas habían descubierto en el joven delantero procedente del Chatham a una figura en ciernes, a un gran delantero centro que podía dar muchas tardes de gloria a su equipo.

Joy estaba tan contento que hasta sentía ganas de llorar. Le había salido todo mucho mejor de lo que esperaba. Y lo más importante: sabía que podía hacerlo mejor.

Joy se «tragó» todos los periódicos deportivos de la mañana antes de acudir al entrenamiento. Empezaba a creer que Jack, su entrenador, había acertado plenamente al colocarlo de delantero en punta.

El muchacho había empezado a saborear las mieles del triunfo aunque sabía que le quedaba mucho camino por recorrer.

Sin embargo, aquella misma semana, Joy se llevó la primera gran decepción. Después del buen partido que había jugado contra el Aston pensó que Jack Gilmore le mantendría en el puesto.

Sí, fue una tremenda decepción.

Jack le dijo después del entrenamiento:

—Lo hiciste muy bien el sábado, muchacho.

—Gracias, míster.

—Espero que sigas jugando igual para ganarte un puesto en el primer equipo.

—¿Significa eso que no jugaré de titular el próximo partido? —preguntó Joy desconcertado.

—No, Joy. No puedo hacerle eso a Ross. Ya está bien de la lesión que sufrió. Afortunadamente no era gran cosa. Y él es el titular por ahora. Tienes que comprenderlo, muchacho.

—Sí, claro...

Aquello supuso un rudo golpe para la moral de Joy, que ya se creía poco menos que insustituible. Además, a fuerza de ser sinceros, él era mucho mejor que Ross. Entonces, ¿por qué diablos

no le daba el míster una nueva oportunidad?

Llegó a su apartamento con la moral por los suelos. No, no era lo mismo jugar en un equipo de primera división que en uno de segunda. En el Chatham era él el dueño absoluto, la figura estelar, la gran estrella. En el Eagles era uno más. ¡Pero les demostraría a todos que estaban equivocados!

Sonó el teléfono en el momento en que Joy se disponía a escribir una carta a su hermana.

—¿Sí?

—Joy...

—¿María? —la voz de la muchacha sonaba lejana y débil.

—Sí, Joy. Necesito verte, es muy urgente.

—¿Te ocurre algo? —Joy estaba alarmado. Daba la impresión que su amiga se encontrase enferma.

—No hagas preguntas, por favor. Ven al 56 de la calle Flowers, apartamento 76 A. ¡Date prisa, Joy!

El muchacho fue a hacerle una pregunta pero ella ya había colgado. Desconcertado, abandonó el apartamento y, bajo una pertinaz lluvia, se dirigió al parking.

Aquel enorme agujero de cemento estaba bastante mal iluminado. Los coches parecían féretros a punto de ser transportados al cementerio. Eran sombras amontonadas, difíciles de distinguir. «Tendré que cambiar de aparcamiento —se dijo Joy mientras se dirigía a su «Mini»—. Esto parece la Morgue». Oyó unos pasos. Por un momento le pareció que se trataba de los suyos propios, pero muy pronto se dio cuenta de que no era así. Alguien le estaba siguiendo.

No le dio excesiva importancia. Podía tratarse de otro loco que tuviera su coche metido allí dentro, pero al llegar junto al «Mini» y comprobar que aquellos misteriosos pasos seguían su mismo camino, empezó a preocuparse. Últimamente se estaban cometiendo muchos atracos en Londres. La seguridad ciudadana dejaba mucho que desear.

Joy abrió la portezuela de su «Mini» con los ojos fijos delante de él por si aparecía alguien. Y en efecto, así ocurrió. Pero ese alguien no apareció frente a él. Surgió de pronto, como un fantasma, a sus espaldas. Joy se volvió rápidamente y se encontró frente a un tipo bastante joven, rubio, con una cazadora roja. Le estaba apuntando

con una pistola.

* * *

María se encontraba en un cuartucho de mala muerte, débilmente iluminado por una desnuda bombilla que pendía del techo lleno de humedad. Estaba sentada en una desvencijada butaca, abrigándose el cuerpo con los brazos como si tuviera mucho frío. Y en realidad, lo tenía.

Un poco más allá había un tipo sentado a horcajadas en una silla. Era negro. Llevaba gorra a cuadros blancos y rojos. De vez en cuando echaba una miradita a la muchacha y sonreía mostrando unos dientes blancos como la nieve. Después, volvía a la lectura de una revista pornográfica.

—¡Dock, no puedo más! —gimió ella de pronto poniéndose de pie pero sin dejar de proteger su cuerpo con los brazos—. ¡Tienes que hacer algo!

—Calma, nena —respondió tranquilamente el negro—. Pronto llegará tu héroe.

—Dock…

—¡Siéntate!

Cuando se abrió la puerta de aquel miserable cuartucho y entró Joy seguido del otro tipo, María se arrojó a sus brazos como un náufrago a un salvavidas.

—¡Oh, Joy! ¡Gracias a Dios que has venido!

Joy miró a Dock, el cual se había puesto de pie sin dejar de sonreír. Era alto y fuerte como un hércules.

—¿Qué es lo que sucede, María? —preguntó Joy alzando la barbilla de la chica. Y a la luz de aquella miserable bombilla su rostro le pareció el de una vieja de noventa años.

—Joy… Joy… —murmuró la chica dejando caer la cabeza sobre el hombro de su amigo—. Tienes… que ayudarme… ¡Ayúdame, por favor!

El muchacho del parking brotó de las sombras y se acercó a la pareja. Le mostró un pequeño sobrecito blanco a Joy.

—Lo que quiere su amiga es esto, campeón, ¿sabe lo qué es?

Joy asintió con la cabeza preguntándose cómo era posible que María hubiese podido caer tan bajo.

—Y esto vale mucho dinero, campeón —prosiguió diciendo el

tipo de la cazadora roja—, mucho más del que al parecer tiene su amiga. Hasta ahora hemos sido bastante considerados con ella. Quiero decir que le hemos dado cierto crédito a cambio de un rato de cama, pero esto es un negocio, ¿comprende?

—¿Y qué tengo yo que ver en todo esto? —preguntó Joy.

Se escuchó una risita al fondo. Dock se aproximó a la pareja sosteniendo la revista pornográfica.

—María nos ha dicho que tú eres su protector…

—¿Qué?

La muchacha se abrazó a Joy con fuerza. Estaba temblando.

—¡Oh, Joy! ¡Luego te lo explicaré todo! Dales lo que te piden… Por favor… no me abandones…

—Hace pocos días te presté cinco mil libras, María. ¿Qué has hecho con ellas?

—No somos sus únicos proveedores, campeón —aclaró Dock—. La chica está podrida, ¿sabes? Los otros han tenido más suerte. Pero ahora, nosotros también queremos cobrar.

—Y ella nos ha dicho que tú pagarías —dijo el de la cazadora roja.

—¿Y si me niego?

Dock se echó a reír.

—¡Entonces despídete de tu amiga, campeón! Necesita la droga como el respirar y ya no tiene crédito en ningún sitio, ¿comprendes? Nadie se fía ya de ella, así que si no tiene la droga se morirá como un perro en cualquier callejón oscuro.

María alzó sus velados ojos hacia Joy. Sus entreabiertos labios estaban resecos, su mandíbula temblaba.

—¡Joy, ayúdame!

El futbolista miró a los dos hombres. Dock le mostró su perfecta dentadura con una cínica sonrisa.

—Solo se trata de siete mil libras —dijo de pronto el de la cazadora roja.

—¿Siete mil libras? —preguntó Joy—. ¡Eso es mucho dinero!

—¿Y qué quieres, campeón? La vida se está poniendo cada vez peor —respondió tranquilamente Dock—. Además, ¿qué son siete mil libras para un jugador de los Eagles?

—¡Bueno, no perdamos más el tiempo! —explotó el tipo del parking—. ¿Vas a pagar o no?

—De acuerdo, sí —respondió Joy—, pero ahora no llevo ese dinero encima. Si ella me lo hubiera advertido…

—Le dijimos que no lo hiciera para obligarte a venir, campeón —respondió Dock—. Queríamos que la vieses con tus propios ojos para que se te reblandeciera el corazón, ¿comprendes?

—Te acompañaré a tu precioso apartamento —dijo el de la cazadora roja—. Cuando me hayas pagado, llamaré por teléfono a Dock para que suelte a la chica. ¿De acuerdo?

—Quiero que ella venga conmigo —respondió Joy—. De otro modo, no hay trato.

Dock y el de la cazadora roja intercambiaron una mirada.

—De acuerdo —respondió el primero.

Cuando se dirigían hacia la puerta. Dock le entregó un sobrecito a la chica.

—Es un regalo de papá Dock… —le dijo con una sonrisa.

—¡No lo necesitamos! —exclamó Joy empujando a María en dirección a la puerta.

—Es posible que tú no lo necesites, campeón —respondió Dock —, pero ella sí…

De pronto, María soltó un zarpazo y agarró con desesperación el sobrecito que Dock sostenía en su mano. Este soltó una carcajada.

* * *

Joy observó a la muchacha después de que esta se hubiese servido del sobrecito que le diera Dock. La palidez de su rostro había desaparecido y ahora, tumbada en la cama del muchacho, sonreía como si hubiera vuelto en sí de una espantosa pesadilla.

—Gracias por todo, Joy —le dijo—. Ahora me siento mucho mejor.

—¿Cómo has llegado a caer tan bajo, María? —el jugador no salía de su asombro.

Ella se encogió de hombros. Luego, se mesó sus largos cabellos negros.

—Un día alguien, no recuerdo quién, me ofreció la primera oportunidad. Creo que fue en una reunión de amigos. Yo estaba muy deprimida. Joy. Y aquello me alivió. Así empezó todo.

—¿Lo saben tus padres?

—No. Sería demasiado terrible para ellos.

—María, tienes que hacer algo para combatir ese espantoso vicio. ¿Es que no te das cuenta? Va a acabar contigo. Mírate en un espejo. En unas semanas has envejecido diez años.

Ella se sentó en la cama y se cogió ambas piernas con los brazos.

—Lo sé, Joy. Pero no puedo hacer nada para evitarlo. ¡Absolutamente nada! Estoy condenada.

—Existen centros especializados que cuidarían de ti, María. ¿Por qué no vas a uno de ellos? Aún estás a tiempo.

—Quizá lo haga, Joy. De todos modos, eso cuesta dinero y yo no lo tengo. Y además, estoy empeñada contigo. ¡No sé qué voy a hacer, Joy!

—Por mí no te preocupes. No es que me sobre el dinero, pero tampoco puedo quejarme. ¿Quieres que hable con tus padres?

—¡No! Eso les mataría. Además... no pienso volver allí.

—¿Qué?

—Los he abandonado.

—¡Estás loca!

La muchacha saltó de la cama y se acercó al jugador. Le rodeó con sus brazos y le guiñó un ojo.

—Voy a quedarme contigo.

—No, eso no...

—Seré tu amante, tu cocinera. Seré lo que me pidas.

—Nada de eso, María.

—¿Es que ya no te gusto?

Joy no quería confesarle la verdad, le dolía hacerlo. Pero ya no le importaba. Es más, le daba asco. Se apartó de ella.

—No puedes quedarte aquí, María —le dijo sin mirarla—. No sería prudente, ¿comprendes?

—Ya. Temes por tu reputación de gran jugador, ¿verdad?

—Tienes que irte, María. Ahora mismo.

—¿Me echas? Joy, por favor, no tengo adónde ir. Deja que me quede algunos días, hasta que encuentre un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Y quién le da trabajo a una drogadicta, María? Créeme, el único camino digno que te queda es volver junto a tus padres y contarles la verdad. Ellos te ayudarían.

—¡No pienso volver allí, Joy! —gritó la muchacha—. ¡Nunca! ¡Ya estoy harta de servir pizzas y de sonreírle a la gente! ¡Que se vaya todo al infierno!

Se abrazó de nuevo a Joy. En los ojos de la muchacha asomaron unas lágrimas.

—Deja que me quede contigo. No te arrepentirás. Cuidaré de ti como una buena madre y una mejor amante.

—No, María. Lo siento. No puede ser. Tienes que irte. Esta misma noche. ¡Ahora!

Ella retrocedió unos pasos. En su rostro se reflejaba una profunda decepción. Y hasta odio.

—Está bien, Joy. Me iré. No quiero tu limosna… ¡Vete al infierno!

Abandonó el apartamento dando un violento portazo.

Acababa de empezar el verdadero drama de Joy Baxter. Su vida iba a cambiar totalmente a partir de aquella noche.

CAPÍTULO IV

Aquel asunto le puso de mal humor. Había perdido doce mil libras y a una buena amiga. Pero ahí no acababa todo. En el siguiente partido también tuvo que quedarse en el banquillo. Gilmore no le dio ni una miserable oportunidad, ni siquiera cuando iban perdiendo por dos a uno. ¿Qué pretendía aquel tipo? ¿Minarle la moral? Pues estaba fresco. Sabría esperar y cuando tuviese su oportunidad, no la desaprovecharía. Joy se daba cuenta de que era tan bueno como cualquier delantero de los Eagles. Estos solo le aventajaban en experiencia.

Y su oportunidad llegó en el partido contra los del Derby Country.

Ocurrió que durante un entrenamiento se lesionó el extremo derecho de los Eagles, un muchacho llamado Turpin. Los médicos diagnosticaron que tenía rotura de ligamentos externos y que tendría que pasar por el quirófano.

—Bien, Joy —le dijo Gilmore aquella lluviosa mañana mientras tenía efecto el entrenamiento—. Ha sonado tu hora, muchacho. Espero que sepas aprovecharlo.

—¡No le quepa la menor duda, míster!

Y vaya si la aprovechó.

En un terreno completamente embarrado a causa de la pertinaz lluvia caída durante todo el día, Joy dio una lección de fútbol. Los Eagles, bajo su experta dirección, hicieron un gran partido y vencieron por cuatro tantos a cero.

Ya desde el comienzo del partido, se colocó en el centro del campo y desde allí organizó todo el juego de sus compañeros, lanzándoles en profundidad sobre el área contraria con pases largos y medidos. Joy también marcó un precioso gol después de driblar a tres contrarios. Aquella fue la gran tarde de Joy Baxter, el nuevo héroe de los Eagles, su nueva figura. Ya nadie podría discutirle la titularidad. Se la había ganado a pulso.

Naturalmente, al día siguiente, los periódicos deportivos

llenaron páginas y más páginas hablando de Joy Baxter. Había nacido un nuevo ídolo.

La noche del lunes en un programa televisivo de la B.B.C. denominado «Los personajes de la semana», apareció Joy Baxter con su habitual timidez.

Habló de sus principios, de cuando jugaba en el Chatham y de su fichaje por los Eagles. De pronto, se había convertido en un personaje famoso. Era como haber pasado en un abrir y cerrar de ojos de la oscuridad a la más absoluta claridad. Y todo por haber hecho un gran partido. Pero así es el mundo del fútbol.

Empezó a conocer a gente importante, sobre todo del mundo del deporte. Una de esas personas era Jeff Malone, un conocido corredor de motos. Jeff era socio honorario de los Eagles. Tenía treinta años y un montón de billetes.

A Jeff le enorgullecía ser amigo de la nueva figura de su equipo favorito. Presumía con él en todas partes y Joy también se encontraba a gusto al lado del corredor. Incluso hablaron de montar un negocio a medias dedicado al mundo del deporte, una especie de supermercado donde poder encontrar desde un par de botas de fútbol hasta la más moderna moto de competición.

—Es una buena idea, Jeff —le confesó Joy aquella tarde mientras ambos se encontraban descansando en el Club Jockey (lujoso restaurante, tres piscinas olímpicas climatizadas, *squash*, tenis, etc.)—. ¿Cuánto dinero crees que haría falta?

—Todavía no lo he pensado, Joy. Dame tiempo para calcularlo y volveremos a hablar de ello muy pronto.

Estaban tumbados en sendas hamacas de una de las piscinas. Había muchas chicas en bikini, preciosas todas ellas.

—¡Mira qué trasero, Joy! —exclamó Jeff indicándole una hermosa rubia.

—Sí, no está nada mal —reconoció Joy con una sonrisa siguiendo atentamente el contorneo de la muchacha.

—Eh, Joy, ¿cuánto hace que no te acuestas con una chica? —le preguntó Jeff con una maliciosa sonrisa.

—He perdido la cuenta. Tengo que cuidarme.

—Joy, Joy… no exageres. Está bien que te cuides, campeón, pero es bueno para el cuerpo hacer el amor de vez en cuando. ¿No te lo ha dicho el médico? —Jeff rio—. Bueno, y si no te lo ha dicho él te

lo digo yo. Pero bueno, ¿es que no sientes deseos de tener en los brazos a una preciosidad como esa que acabamos de ver?

—Claro que sí, pero últimamente no he tenido demasiado tiempo para pensar en esas cosas, Jeff. Además, ahora soy un hombre público y tengo que ir con cuidado. Ya conoces a los periodistas.

—No hace falta que te vayas exhibiendo por ahí con ninguna rubia —replicó Jeff—. Hay muchos modos de arreglar eso.

—Lo supongo.

—Esta noche haré una llamada telefónica a *madame* Cloud. O mejor aún. Iremos a hacerle una visita.

—¿Quién es *madame* Cloud?

—Una vieja alcahueta que tiene el ramillete de mujeres más hermosas que hayan visto tus ojos. Las hay de todas las edades, tamaños, nacionalidades, especialidades… ¡Es algo fantástico! ¡Vaya organización, chico!

—¿Es discreta?

—¿Discreta? ¡Es una tumba, Joy! *Madame* Cloud tiene una selecta clientela. Hombres de negocios, médicos, hasta ministros. Y Jeff Malone, claro —rio el corredor—. Bueno, ¿qué te parece la idea?

—Bien —sonrió Joy—. ¡La verdad es que me muero de ganas por acostarme con una mujer!

* * *

Madame Cloud resultó ser una mujer de unos cincuenta y pico de años, regordeta y simpática. Vestía de un modo muy llamativo. Tenía unos enormes senos, milagrosamente firmes gracias a algún complicado mecanismo textil. Vivía en una lujosa mansión en las afueras de Londres. Era un lugar muy discreto. Un viejo edificio de tres plantas de ladrillos rojos, semioculto entre acacias y olmos. Una rampa conducía a un aparcamiento subterráneo y desde allí, un rápido ascensor al amplio y elegante vestíbulo. Había unas espaciosas escaleras de mármol que llevaban a los pisos superiores, lujosamente alfombradas y pulcramente limpias.

Madame Cloud recibió a los dos hombres en una especie de salón con luces rojas, muy íntimo y acogedor. La mujer reconoció inmediatamente a su nuevo cliente.

—Te he visto jugar en un par de ocasiones, muchacho —le dijo con una amable sonrisa protectora—. Y lo haces muy bien.

—Gracias.

—*Madame* Cloud es muy aficionada al fútbol —aclaró Jeff.

—E hincha del Liverpool —dijo la mujer encendiendo un cigarrillo de color rojo con la boquilla negra—. Espero que cuando nos enfrentemos os demos una buena paliza.

—Nos enfrentamos dentro de tres semanas —respondió Joy, a quién le pareció bastante chocante estar hablando de fútbol en un lugar como aquel y con una mujer como *madame* Cloud.

—Sí, ya lo sé —dijo ella guiñándole un ojo a Joy—. ¡Tres a cero a nuestro favor! ¿Apuestas algo?

—Es posible —respondió Joy sonriendo—. Pero no lo creo. Estamos más en forma que el Liverpool.

—¡Ja!

Madame Cloud aplastó el cigarrillo en un cenicero que tenía forma de concha. Era de alabastro puro.

Luego se volvió a los dos hombres.

—Bien, ahora hablemos de negocios. ¿Habéis pensado en algo en especial?

—Lo mejor para Joy —dijo Jeff.

—Entonces le presentaré a Monique.

—¿Monique? —preguntó Jeff—. ¿Es nueva?

—Lleva conmigo desde hace solo un mes. Perfecta. Lo mejor de lo mejor para el as del gran equipo de los Eagles. Francesa, veintidós años. Exquisita.

—¿Discreta? —preguntó inocentemente Joy.

Madame Cloud se echó a reír.

—¡Claro, hijo, claro! No temas. Nadie sabrá que el gran interior de los Eagles ha corrido una aventura con una prostituta francesa. Este lugar es como una tumba, Joy.

Madame Cloud se dirigió a un rincón donde había una pequeña mesa de despacho estilo Chipendale. Sobre la misma había únicamente un elegante y sofisticado quinqué con pantalla verde, una carpeta de cuero repujado y un pulsador.

Apretó este y no habían transcurrido ni un par de minutos cuando apareció en el salón la muchacha más bonita que Joy había visto en su vida.

Llevaba una vaporosa y elegante bata transparente, de seda, debajo de la cual se apreciaban sus excitantes formas. Unas braguitas de color negro era la única prenda visible.

—*Oui, madame* —dijo la francesita, Su voz era suave, reposada.

—Trata bien a este muchacho, Monique —le dijo amablemente *madame* Cloud—. Es un buen amigo.

Monique miró a Joy y dejó escapar una insinuante sonrisa.

—Sígueme —le dijo, con un inglés bastante deficiente.

Joy no sabía en aquel momento que la francesita le llevaba al cielo.

* * *

—Escuchadme todos, muchachos, y escuchadme bien —dijo el entrenador de los Eagles a sus jugadores, sentados a su alrededor sobre el bien cuidado césped del campo—. Como ya sabéis, el sábado tenemos un partido bastante comprometido. El Liverpool es un enemigo de cuidado. Es muy difícil arrancar puntos de su campo, pero hay que conseguirlo. Vamos terceros en la tabla. El Liverpool nos pisa los talones. Si el sábado nos vencen, nos pasarán. Sin embargo, si ganamos nosotros, nos colocaremos a un solo punto del líder. ¡A un solo punto! Y luego, esos diablos rojos tienen que visitarnos. Así que estamos en disposición de encaramarnos al primer lugar de la tabla. ¿Os dais cuenta de lo que significaría eso?

Miró a los muchachos y prosiguió:

—Así que el partido contra el Liverpool del próximo sábado es vital. ¡Tenemos que ganarlo! Y podemos hacerlo. Jugaremos al contraataque. Siempre nos ha da de buen resultado en campo contrario. Pero un contraataque muy ofensivo. Joy canalizará todo el juego. ¿De acuerdo, muchacho?

Pero Joy tenía el pensamiento puesto muy lejos de allí.

—¡Joy!

El jugador levantó la cabeza.

—Sí, míster…

Todos se echaron a reír.

—¿En qué diablos estabas pensando?

—En nada de particular, míster. Lo siento.

Gilmore dejó escapar un gruñido.

—Estaba diciendo que… —el entrenador repitió lo que ya había

dicho y, después de algunas consideraciones más acerca del partido, ordenó que comenzase el entrenamiento poniendo en práctica la táctica que pensaba utilizar en dicho encuentro.

En efecto, todo el juego de los Eagles pasaba por las botas de Joy, a quién Gilmore había colocado a un defensa para marcarle estrechamente, cosa que suponía iba a hacer el entrenador del Liverpool.

Gilmore le dijo al defensa que no se anduviera con contemplaciones y así lo hizo, pero Joy demostró una vez más que era imparable con el balón controlado en los pies y el sistema funcionó a las mil maravillas. Los delanteros de los Eagles salían disparados hacia la meta contraria cada vez que recibían un centro de Joy. Unos centros perfectos, al hueco.

El entrenamiento duró una hora, al cabo de la cual Gilmore ordenó a sus hombres que fuesen a las duchas mientras él se quedaba pensativo en el centro del campo, observando a Joy.

Algo le ocurría a aquel muchacho. Estaba ausente. Jugaba a la perfección, cumplía las órdenes que se le daban. Y lo hacía bien, muy bien. Pero funcionaba como un autómata, como un robot.

Su cuerpo estaba en el campo, pero su mente muy lejos de allí.

Gilmore se dijo que tenía la obligación de averiguar qué estaba pasando en el cerebro del as.

* * *

Cuando Joy abandonó el campo le estaban esperando más de un centenar de fanes para pedirle autógrafos.

Se había convertido en un ídolo y no podía defraudarles, así que empezó a estampar firmas mientras se dirigía a su nuevo automóvil, un flamante «Aston Martin». Pero en cuanto llegó allí, abrió la portezuela y se metió rápidamente en el interior del vehículo sin hacer el menor caso de aquella selva de blocs que se agitaban delante de sus narices.

Arrancó, alejándose a toda velocidad, como si le estuviera esperando alguien y llegase tarde a la cita.

Y en realidad, sí le esperaba alguien.

Era una preciosa rubia de insinuantes formas. Se llamaba Monique y le había absorbido el cerebro. Aquella maldita prostituta de altos vuelos era su pesadilla. Con ella a su lado se sentía el

hombre más feliz del mundo. Era como una droga. Se había metido en sus venas y corría por su sangre como un virus. No la amaba, ni siquiera estaba enamorado de ella, pero le hacía tan feliz en la cama, experimentaba tales placeres a su lado, que le volvía loco.

Joy había alquilado una pequeña casita en un discreto rincón cercano a Oxford y allí se reunía con ella dos veces por semana. Pero a Joy le parecía insuficiente. No la quería compartir con nadie; la quería para él solo. Y así pensaba decírselo.

La encontró en el lujoso *living*, tumbada en el largo y moderno sofá blanco que ocupaba toda una pared, vistiendo un elegante y atrevido salto de cama de color rojo. Apoyaba su linda cabeza en un grueso cojín de satén. Tenía una pierna doblada, lo que había provocado un espacio por el que asomaba su bien torneado muslo. Estaba fumando un cigarrillo y se entretenía en hacer aros de humo.

Cuando Joy entró en el *living*, la muchacha volvió la cabeza y dejó escapar un cariñoso:

—Hola, *mon cherie*…

Joy se sentó junto a ella y la besó en los labios.

—Estás preciosa, Monique.

La muchacha le acarició el rostro con sus largas y rojas uñas. Luego hizo lo mismo en el cuello y en el pecho de Joy. Este se estremeció.

Ella se echó a reír, divertida. Joy le acarició aquel muslo que asomaba tentador.

—Monique —dijo el muchacho con voz ronca—, quiero que te quedes conmigo para siempre.

La francesa le miró durante unos instantes.

—¿Quieres que sea solo para ti, *mon cherie*?

—Sí, eso es lo que quiero.

—Pero eso te costaría mucho dinero, Joy. Soy una mujer cara y caprichosa.

—No importa. Puedo pagar.

—¿Sí? ¡Oh, la la! ¡No sabía que fueras tan rico, Joy!

—Bueno, ¿qué me respondes, Monique?

Ella le abrazó y le acarició los cabellos.

—Deja que lo piense, *mon cherie*, ¿eh?

—De acuerdo, pero respóndeme pronto.

—¿Tanto me deseas?

—¡Más que a nada en este mundo!

—¿Te hago feliz, mon cherie?

—Mucho, Monique. ¡La verdad es que me vuelvo loco!

Ella se echó a reír y Joy clavó su boca en el perfumado cuello de la muchacha perdiéndose en aquel excitante edén, que no se cansaba de recorrer.

Monique le susurraba al oído:

—*Mon cherie*... m*on cherie*...

CAPÍTULO V

¡GOOOOL!

El estadio del Liverpool fue un bramido.

El equipo propietario del terreno acababa de marcar el primer gol. Solamente se llevaban veinte minutos de partido.

Jack Gilmore, desde el banquillo, ordenó a sus hombres que se lanzasen al ataque. Era uno de esos entrenadores a los que le es lo mismo perder por un solo gol o por tres. «El fútbol debe ser ante todo espectáculo —solía decir—. La gente paga para ver goles, no para aburrirse. Para esto último mejor quedarse en casa viendo la televisión».

Joy se situó en el centro del campo como una flecha en el centro de una ballesta y empezó a disparar a sus amigos como fusileros a primera línea. Sin embargo, la defensa del Liverpool era dura y no se andaba con demasiadas contemplaciones. Por otro lado, Joy estaba siendo sometido a un férreo mareaje. Los del Liverpool sabían que era su máxima figura y que si conseguían apagarlo, la casa se quedaría sin luz.

Pero Joy estaba en vena de aciertos. Todo le salía bien, cosa que satisfacía plenamente a Gilmore, porque últimamente andaba algo preocupado con aquel muchacho. Se diría que Joy, en las dos últimas semanas, estaba sufriendo un proceso hipnótico que le hacía vivir en las nubes.

Menos mal que en el campo bajaba de ellas...

Cuando apenas faltaban tres minutos para finalizar la primera mitad y en pleno acoso del Liverpool, Joy arrancó desde medio campo con un balón perfectamente controlado, dribló a dos contrarios y penetró en el área contraria. El guardameta y Joy quedaron frente a frente como dos luchadores en el *ring*, solo que Joy era el más fuerte y el que contaba con mayor ventaja, así que, cuando el portero salía a la desesperada, Joy le batió por bajo con un tiro cruzado.

Fue un gran gol que sus compañeros celebraron arrojándose

sobre el muchacho como un alud de nieve.

En el descanso, Gilmore también felicitó a Joy por su gran gol y les instó a todos para que siguieran jugando del mismo modo, aunque vigilando al mismo tiempo las peligrosas incursiones de los muchachos del Liverpool.

—¡Recordad lo que os dije el otro día: si vencemos en este partido casi nos colocaremos a la cabeza! ¡Y podemos vencer! ¡Así que ánimo y duro con ellos!

* * *

Mientras tanto, y en un lujoso apartamento cercano a Hyde Park, estaba teniendo lugar una conversación de negocios.

Por un lado, Monique, la bella prostituta de lujo y por el otro un tipo fornido y apuesto. Un italiano llamado Guido Scopola, sin oficio pero maldita la falta que le hacía. Scopola explotaba a cuatro mujeres y vivía de ellas, muy bien por cierto, puesto que las cuatro eran de primera clase. Su favorita, no obstante, era Monique, posiblemente porque era la que más beneficios le proporcionaba. Compartían juntos aquel apartamento, un maravilloso dúplex soleado y con una gran terraza con flores, un lugar demasiado romántico para una pareja excesivamente materialista.

Monique estaba aún en la cama después de haber hecho el amor con su «protector». Parecía una muñeca rota en medio de un amasijo de ropa. En la mano tenía un cigarrillo que sostenía en lo alto como una antorcha y sus bellos ojos verdes clavados en la fornida espalda de Guido, que en aquel momento se estaba poniendo unos pantalones hechos a medida en una tienda de Grosvenor, donde se vestía la gente de élite.

—Creo que no hay nada más que pensar sobre el asunto, nena —le dijo de pronto Guido acercándose a un espejo ovalado que colgaba de la pared para poner en orden su revuelta cabellera, espesa y negra, muy propia de un latino «made in Sicilia».

Monique dio una profunda chupada al cigarrillo antes de aplastar lo que quedaba del mismo en un cenicero lleno de colillas. Luego, desnuda como Eva, se levantó de la cama y se dirigió a un lujoso y sofisticado baño. Guido la siguió con la mirada. Conocía bien a aquella maldita francesa y sabía que no se la podía convencer fácilmente, así que volvió a la carga.

—Monique, nena ¿qué más queremos? No se puede despreciar una oportunidad como esta. A ese Joy le puedes chupar hasta la sangre y el tío tiene pasta larga. ¿Sabes lo que gana un futbolista de su categoría en este país? ¿Eh?

Monique estaba bajo la lluvia de la ducha enjabonándose los erectos pechos.

—¡Oh, la la! ¡Pero lo que no me gusta es quedarme todo el día encerrada en casa como si fuera un mueble, Guido! ¡Y eso es precisamente lo que ese muchacho quiere! ¡Tenerme a su disposición cuando le apetezca!

—¿Y qué más de estar allí o en casa de *madame* Cloud? ¿Eh? —preguntó.

—Sí, en eso tienes razón.

—¡Claro que la tengo! Es más, con ese pipiolo podrás hacer lo que te dé la gana, podrás manejarlo a tu antojo sin dar explicaciones a nadie... excepto a mí, claro —sonrió Guido—. Créeme, Monique. Es un buen negocio del que podemos sacar una gran tajada.

Monique apareció secándose.

—De acuerdo, pero solo me quedaré con él un par de meses.

Guido no respondió. Ya convencería a aquella estúpida a su debido tiempo de que en un par de meses no se puede sacar ni para cambiar el coche.

Cuando Guido abandonó el apartamento —tenía que atender otros «negocios»—. Monique abrió un pequeño armario ropero y sacó algo de debajo de un montón de sábanas. Era un pequeño sobrecito blanco que contenía heroína.

Tenía que evitar que su amigo supiese que se drogaba. Guido era muy escrupuloso para según qué cosas...

* * *

Gilmore se mordía las uñas viendo cómo su equipo dominaba la situación pero era incapaz de marcar un nuevo gol. Ya habían estrellado dos balones en el larguero, pero la pelota no quería entrar en la portería. Consultó su reloj. Faltaban apenas seis minutos para terminar el partido.

—¡Vamos, vamos! —gritó—. ¡No les dejéis! ¡Duro con ellos!

Los muchachos del Eagles se volcaron sobre la puerta del

Liverpool. Lo que más temía Gilmore era un balón perdido que fuera a parar a los pies de algún jugador contrario y que esto ocasionase un contraataque que pudiese costar un gol. De ocurrir algo parecido, la derrota sería inapelable debido al poco tiempo que faltaba para terminar el partido.

Ya solo quedaban dos minutos para el final del partido. Gilmore se dijo para consolarse que al fin y al cabo un empate en campo contrario tampoco era un mal resultado.

El guardameta del Liverpool se vio forzado a lanzar la pelota a córner.

Era la última oportunidad para los muchachos del Eagles. Estos cercaron el área contraria. Joy se colocó diagonalmente a la portería. Junto a él tenía a su implacable marcador.

El extremo se dispuso a sacar el córner.

Observó cómo estaban colocados sus compañeros. Pensó que lo mejor sería lanzar el balón al centro del área, algo lejos del portero, con el fin de provocar una «melee». Y así lo hizo...

El balón cayó justamente en el lugar que el extremo había pensado y hacia él saltaron todos, unos para alejarlo de su área, otros para marcar el gol de la victoria. Se formó un pequeño lío y, finalmente, un defensa del Liverpool consiguió despejarlo, pero no lo bastante fuerte ni lejos para que Joy no pudiera apoderarse del balón, y cuando iba a chutar fue objeto de una clara falta por parte de su marcador.

Una nueva oportunidad.

El árbitro consultó su reloj.

Joy era el encargado de tirar aquel tipo de faltas y colocó el balón delante de la barrera formada por los jugadores del Liverpool. Joy y todos sus compañeros se daban cuenta de que si no marcaban en aquella ocasión ya no se les presentaría otra. El partido estaba prácticamente terminado.

Joy alejó de su mente cualquier pensamiento que no fuera el de marcar el gol. La distancia era la apropiada.

El campo era un cementerio. Había más de setenta mil personas y se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Joy lanzó por encima de la barrera.

La pelota trazó un viraje perfecto y a pesar del tremendo esfuerzo del guardameta del Liverpool por atajar el balón, este se

coló en su puerta por el ángulo izquierdo.

Joy dejó escapar un sonoro GOOOOOL y, antes de que pudiera volver a tomar aire en sus pulmones, se vio derribado por sus compañeros, y mientras unos le abrazaban hasta hacerle daño, otros le golpeaban en pleno histerismo y hasta hubo alguien que le estampó un beso en la mejilla.

Y cuando Joy, maltrecho, pudo por fin ponerse en pie, comprobó que el partido ya había terminado.

* * *

«¡OTRA SENSACIONAL ACTUACIÓN DE JOY BAXTER!» «¡GRACIAS A ÉL, LOS EAGLES A UN SOLO PUNTO DEL LÍDER!» «¡LA SELECCIÓN YA TIENE A UN HOMBRE FIJO PARA LOS MUNDIALES: JOY BAXTER, LA FIGURA DE LOS EAGLES!».

Estos y otros titulares llenaban las primeras páginas de los periódicos deportivos del día siguiente. Era indudable que Joy se había convertido en el as indiscutible del fútbol inglés, en su figura más brillante. El próximo paso, sin duda alguna, sería la selección.

Joy arrojó los periódicos al suelo. Se sentía feliz. Inmensamente feliz. Era un hombre famoso. A sus casi veinticuatro años, no se podía pedir nada más.

Se levantó de la butaca y se estiró. Luego se acercó al ventanal para contemplar la lluvia. Miró a su reloj. Las doce y media. ¿Qué se puede hacer a las doce y media de un domingo? Desde luego muchas cosas, pero él solo deseaba hacer una: estar con Monique. Aquella muchacha le hacía hervir la sangre. Cada vez que pensaba en ella sentía un nudo en el estómago. La llamaría por teléfono para preguntarle si ya había tomado alguna decisión respecto a irse a vivir con él.

De pronto, llamaron a la puerta. Joy fue a abrir y se encontró con una sonriente Monique. Aquello era un milagro. Llevaba una pequeña maleta en una mano y un paraguas en la otra.

—*Bon jour, mon cherie*.

—Monique…

Ella entró y le entregó la maleta y el paraguas. Joy la miraba como un estúpido. Monique seguía sonriendo.

—Nena… —dijo él temblándole la voz—, ¿significa esto que…?

—Claro, *mon cherie*. He venido para quedarme contigo. ¿No era eso lo que querías? ¡Pues aquí me tienes! ¡Soy toda tuya!

Joy arrojó la maleta y el paraguas al suelo y abrazó a la muchacha.

¡Había empezado a cavar su propia tumba!

CAPÍTULO VI

Joy, después de un fin de semana inolvidable al lado de Monique, se presentó al entrenamiento del lunes con una cara como si no hubiese dormido en una semana. «Su» francesita era insaciable y él procuraba no defraudarla.

Gilmore le felicitó de nuevo por el gran partido contra el Liverpool, pero al ver aquel rostro tan pálido y ojeroso, se alarmó:

—¡Eh! ¿Qué te ocurre muchacho? ¿Es que no te encuentras bien?

—Sí, míster. Me encuentro mejor que nunca.

—Pues no lo parece. ¿Te has fijado en tu cara?

Joy se echó a reír pero no hizo ningún comentario. Saludó al resto de sus compañeros y se dirigió directamente a su armario. Gilmore fue detrás de él.

—Joy...

—¿Qué, míster?

—Me tienes algo preocupado, muchacho.

—¿Por qué?

—No sabría decírtelo exactamente, pero no eres el mismo que cuando llegaste procedente del Chatham. Ahora te noto ausente, raro. ¿Tienes algún problema?

—No, míster. Todo va sobre ruedas.

—¿De verdad? Me gustaría que confiaras en mí, muchacho. Un entrenador algunas veces debe hacer de padre.

—Le repito que no hay por qué preocuparse.

Gilmore se encogió de hombros.

—Bueno, si tú lo dices... De todos modos, Joy, cuando tengas algún problema acude a mí.

—Sí, papaíto —se rio Joy.

—Te lo digo en serio.

—Gracias, míster.

Gilmore empezó a preparar el partido contra el líder aquella misma mañana. Era un partido muy importante para los Eagles,

tanto que podía suponerles el primer lugar de la clasificación, lo que, a aquellas alturas de la liga, significaría un buen porcentaje de posibilidades de quedar campeones.

Joy, sentado sobre la hierba junto a sus demás compañeros, tenía la mirada fija en el entrenador pero su mente estaba muy lejos de allí. Estaba en una cama. En su cama. Y se veía a sí mismo encima de Monique, gozando de su extraordinario cuerpo. ¡Aquella maldita francesa le hacía gozar hasta la desesperación! Y ahora era suya, la había comprado para él solito. Era un lujo que podía permitirse. Solo él gozaría en adelante de aquel cuerpo...

—... así que no nos queda otro remedio que jugar al ataque —oyó que decía el entrenador—. ¡Pero cuidado! Vamos a tener enfrente al mejor. Así que durante la semana vamos a prepararnos a conciencia para ese partido. Va a ser un encuentro terriblemente duro, muchachos.

Gilmore los miró uno a uno para calibrar el efecto de sus palabras y terminó diciendo:

—Dada la trascendencia del partido del próximo sábado y a pesar de jugar en nuestro campo, el viernes habrá concentración. Y ahora a mover esas piernas. ¡Vamos!

Al terminar el duro entrenamiento y cuando Joy se dirigía por el túnel hacia su coche, su amigo Jeff Malone le salió al paso.

—Hola, Joy.

—¿Qué tal, Jeff?

—Anoche estuve en casa de *madame* Cloud.

—¿Y...?

—Me dijo que Monique se había despedido por una temporada porque se iba a vivir contigo.

—Es cierto.

—¡Estás loco, Joy! No has debido hacer eso.

El jugador le miró iracundo.

—¿Qué pasa, Jeff? ¿Es que te vas a meter en mi vida privada?

—Claro que no. Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones, pero solo quiero advertirte como amigo.

—¿Advertirme de qué?

—Monique es drogadicta.

Joy se puso pálido.

—No me lo creo.

—Pregúntaselo a *madame* Cloud.

Los dos hombres habían llegado junto al «Aston-Martin» de Joy.

—Eso puede acarrearte problemas, muchacho —le advirtió Jeff.

«Sí —pensó Joy—. Lo sé. Aún no he olvidado a María».

—Gracias por decírmelo, Jeff —dijo Joy metiéndose en el coche.

—¿No vas a hacer nada? Yo de ti le daría el pasaporte.

—Tengo que pensarlo, Jeff. Adiós...

Quizá su amigo tuviese razón. Lo mejor sería darle el pasaporte a Monique. Aun doliéndole mucho, era lo más sensato que podía hacer. No estaba dispuesto a complicarse la vida ahora que había alcanzado la fama.

* * *

Ratón McPhilips, era un periodista especializado en deportes. Trabajaba en el Daily Sports. Era un tipo pequeño, medio calvo y con un bigote como el de una foca.

Ratón le había echado el ojo a Joy. Con su vocecita parecida a la del Pato Donald, repetía a todo el mundo que Joy Baxter podía llegar a ser tan bueno como Boby Charlton, el gran futbolista inglés.

—Creedme, muchachos —les solía decir a sus amigos de redacción—. Ese muchacho es dinamita pura. ¡Si lo sabré yo que llevo metido veinte años en este maldito mundo del fútbol!

El apodo de Ratón se lo habían puesto por su endemoniada habilidad en husmear la noticia. Tenía un olfato muy desarrollado en ese sentido.

Y según él, la noticia estaba ahora en Joy Baxter.

—Créeme, Dick —le dijo aquella tarde a su redactor-jefe—. Joy tiene ya gran cantidad de admiradores. Es el ídolo de los Eagles, ¿no? Y va para gran figura, te lo digo yo. Joy nos hará ganar los mundiales que se jugarán en España.

—Exageras, Ratón —respondió Dick Kowalsky—. Admito que es un gran jugador, pero de eso a que nos haga ganar los mundiales...

—Tiempo al tiempo, Dick. Pero una cosa es evidente. Los mundiales están a la vuelta de la esquina y ya es hora de que los admiradores de Joy Baxter conozcan a fondo a su ídolo. Cómo es, cómo piensa, sus gustos, etcétera. ¿Comprendes?

—Bueno, ¿y cuál es tu idea? —preguntó Dick Kowalsky.

—Hay que hacerle un gran reportaje. Un reportaje que podría

aparecer en nuestro periódico en la edición especial del próximo domingo, después del encuentro entre los Eagles y el West County.

—¿Y por qué no antes de ese encuentro, Ratón?

—Por la sencilla razón de que los Eagles ganarán ese partido y Joy se convertirá en el héroe del mismo. Por lo tanto se venderán más ejemplares.

Dick guiñó un ojo.

—Piensas en todo, Ratón. Pero ¿y si ganan los del West County? Es un gran equipo, no lo olvides, y van en primera posición. ¿Sabes desde cuándo no han perdido un partido?

—Claro que lo sé. Desde hace dos meses. Pero el próximo sábado, caerán. Te lo dice Ratón McPhilips.

El redactor-jefe se quedó unos momentos pensativo. Finalmente, dio una palmada sobre su mesa atiborrada de papeles y exclamó:

—¡De acuerdo, Ratón! ¡Hazle ese reportaje a Joy!

Ratón soltó una risita.

Siempre se salía con la suya.

Salió a la calle, llamó un taxi, consultó su pequeña agenda secreta donde figuraban todas las direcciones más importantes y le dijo al taxista.

—Al 76 de Wilson Court.

Era la dirección de Joy Baxter.

* * *

Joy Baxter cerró la puerta de su apartamento pensando: «Tienes que sacudírtela de encima antes de que sea demasiado tarde, muchacho. Entrégale algunas libras por los servicios prestados, que haga la maleta y que se largue. Ninguna relación con drogadictos, Joy. Ninguna».

—¿Eres tú, *mon cherie*? —oyó que preguntaba Monique.

—Sí. ¿Dónde diablos estás?

—Tomando un baño.

Joy entró en el cuarto de baño. La hermosa prostituta estaba asomando su linda cabecita rubia por encima de las burbujeantes pompas de jabón. Le dedicó una tierna sonrisa a Joy.

—¿Qué tal el entrenamiento, *mon cherie*? ¿Estás muy cansado?

—No...

Ella se dio la vuelta poniéndose boca abajo. Su redondo trasero

se convirtió en la más hermosa boya que Joy había visto en su vida.

—Frótame la espalda...

Joy hizo lo que la chica le había pedido y al cabo de unos segundos esta se dio la vuelta. Sus pechos, como dos manzanas de la mejor cosecha, miraban desafiantes al muchacho. Joy tragó saliva y ella dejó escapar una risita.

—¿Qué estás imaginando, *mon cherie*?

—Nada.

—Anda, desnúdate y métete en la bañera conmigo. Verás qué bien lo pasamos.

—Monique...

—¿Qué, *mon cherie*?

—Tienes que irte.

Ella le miró sin comprender.

—¿A qué viene eso? ¿Es que no estás satisfecho conmigo? ¿Es que no me he portado bien?

—Sí, sí...

—¿Entonces?

—Me he enterado de que te drogas. ¿Es cierto?

—¿Y si lo fuera?

—No quiero líos, así que será mejor que te marches.

—¡Tú te lo pierdes! —exclamó ella poniéndose en pie.

Joy la contempló. ¡Era tan hermosa! Sabía que era una maldita prostituta, una fulana de lujo, pero no podía estar sin ella. Jamás había deseado tanto a una mujer como deseaba a Monique.

La muchacha se estaba secando vigorosamente con una gran toalla. Sus pechos se movían, temblorosos. Joy miró sus muslos... Firmes, torneados. La cogió por una mano.

—Monique...

Ella se volvió.

—¿Qué quieres ahora?

—Tienes que prometerme que no te drogarás mientras estés conmigo.

—No puedo hacer eso, Joy.

Él se puso en pie y la abrazó. Sentía arder su sangre en las venas.

—¿Tanto lo necesitas?

—Sí, *mon cherie* —ella se puso repentinamente triste—; no

puedo pasarme sin ella, ¿comprendes? Pero ¿a ti qué? No voy a perjudicarte para nada. No vas a tener ningún problema conmigo si eso es lo que temes. Pero si no confías en mí, será mejor que me dejes marchar.

Joy clavó desesperadamente sus dedos en el desnudo cuerpo de la muchacha. ¡Cómo la deseaba!

En aquel momento llamaron a la puerta. Joy fue a abrir. Era Ratón McPhilips.

—Hola Joy —saludó el periodista guiñándole un ojo.

—Hola Ratón —respondió Joy de mala gana—. ¿Qué vienes a buscar?

—A ti. Me gustaría hacerte un buen reportaje para la primera página del número dominical, después del partido contra los del West County.

Monique apareció en aquel momento enfundada en una llamativa y transparente bata de seda. Llevaba un cigarrillo en la mano y dirigió una sonrisa de circunstancias a McPhilips. El periodista hizo una leve inclinación de cabeza al enfurecido Joy.

—Lamento haberte molestado, muchacho —dijo Ratón—. Volveré en otro momento. Ahora ya veo que estás ocupado.

Joy cerró la puerta de un golpe y se volvió iracundo a Monique.

—¿Por qué diablos has tenido que dejarte ver? —gritó.

—¿Y qué de malo hay en ello, *mon cherie*?

—¿Sabes quién es ese individuo?

—No tengo ni idea.

—¡Un maldito periodista que ahora les irá contando a todos que sorprendió a Joy Baxter con una furcia!

—¿Es que los jugadores de fútbol no pueden estar en compañía de una mujer?

—¡Depende de la clase de mujer! ¿Es que no lo comprendes? Soy un personaje conocido y tengo que ir con mucho cuidado con lo que hago o digo. Si a McPhilips se le ocurre contar lo que ha visto, me convertiré en la comidilla de todos, mi entrenador se pondrá furioso y el club se convertirá en una especie de volcán.

—¿Y qué ha visto ese bigotes de foca, *mon cherie*? Una chica en tu apartamento. ¿Y qué tiene de malo? ¿O es que los jugadores de fútbol no tienen derecho a divertirse?

—¡Sí, pero tienen que ir con mucho cuidado! ¡Maldita sea! No

quieres entenderlo.

—Sí que lo entiendo, Joy —respondió ella enfadada—. ¿Y sabes qué te digo? Ya empiezo a estar harta de ti. Llevamos unas pocas horas juntos y no hacemos más que discutir. No estoy acostumbrada a que me digan lo que puedo hacer o no. No te drogues, escóndete cuando alguien llame a la puerta, no contestes al teléfono. ¡Al diablo contigo!

Monique se despojó de la bata y comenzó a vestirse.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Es que no lo ves? ¡Me largo! ¡Que te aguante tu madre!

Joy le dio una bofetada. Ella le miró después con odio desenfrenado en sus hermosos ojos. Por un momento pareció que se iba a lanzar sobre él para despedazarle. Murmuró algo en francés que Joy no entendió, terminó de vestirse y abandonó el apartamento dejando tras de sí un incitante rastro de perfume que acompañó al muchacho durante toda la noche.

Una vez en la calle, Monique subió a un taxi sin darse cuenta de que alguien la seguía en un viejo «Morris». Era Ratón McPhilips.

CAPÍTULO VII

—Pero ¿qué diablos le ocurre a ese muchacho? —gritó angustiado Gilmore desde su banquillo—. ¡Joy! ¡Joy!

Pero Joy no le oía. El griterío del público era tan ensordecedor que no hubiese podido oír ni un cañonazo. Pero de haber podido oír a su desesperado entrenador, este le hubiese ordenado que se adelantase, que jugase mucho más cerca del área contraria. Joy jugaba atrás, en la zona más cómoda, prácticamente metido entre sus defensas. Y es que tenía miedo de salir de allí. No se sentía con fuerzas para hacer otra cosa que achicar balones y pasarlos mal a sus compañeros.

Uno de ellos se le acercó por detrás y le gritó:

—¡Despierta de una vez, maldita sea! ¡Vete hacia adelante!

—¡Cierra el pico! —le gritó a su vez Joy, volviéndose como si fuera a comérselo—. ¡Juego como me da la gana!

Gilmore se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo. Aquel no era el Joy Baxter que él conocía. Y aquello le llenó de desesperación. Si Joy no jugaba, su equipo se vendría abajo. Joy era el talismán de los Eagles.

Un balón despejado por la defensa del West lo recogió su centrocampista, un muchacho espigado y de cabello largo llamado Adams. Dribló a un contrario e hizo un pase en profundidad a su extremo, una escurridiza anguila de metro sesenta y siete. Este corrió por su banda como un gamo. Gilmore intuyó el peligro y gritó. Pero todo fue inútil, demasiado tarde.

El centro de aquella anguila lo remató ferozmente el delantero centro del West County y la pelota se coló como un obús en la portería de los Eagles.

Desesperación.

Rabia.

Impotencia.

Los del West County celebraron aquel gol fundiéndose los jugadores en un largo abrazo colectivo mientras los del Eagles se

miraban unos a otros como si aún no comprendieran lo que había ocurrido.

El más abatido era Joy Baxter.

Se daba perfecta cuenta de que estaba jugando mal y de que su torpeza contagiaba a sus compañeros, pero no podía hacer otra cosa. Se sentía con el cerebro embotado y sus piernas le parecían estar hechas de cemento; le daba todo igual. Era como sí, de repente, el fútbol hubiera dejado de importarle. ¡Y todo por culpa de aquella maldita prostituta! Era un estúpido. ¿A quién se le ocurre cavar su propia fosa por una mujerzuela? Solo a él. A Joy Baxter, el inexperto, el provinciano.

«Sí, eso es lo que eres, Joy. Un maldito provinciano. La gran ciudad y su gente te vienen grande y ya no digamos una francesa con el cuerpo más deseable que hayas visto nunca y que te vuelve loco en la cama. Eso es demasiado para ti, Joy Baxter…»

Sin saber cómo se encontró con el balón en los pies, hizo un *dribling* torpe y lento al tipo que le habían puesto para marcarle y arrancó hacia el área contraria.

«¡Vamos, Joy! ¡Arriba ese ánimo!». Vio a un compañero desmarcado que corría por la banda opuesta. Había espacio suficiente para enviarle un balón que le permitiera avanzar hacia el área del West County. En circunstancias normales su pase hubiese llegado al compañero en óptimas condiciones. Pero en aquellos momentos no estaba atravesando por circunstancias normales, así que el balón se perdió por la línea de banda. Un error imperdonable e impropio de un jugador de su categoría.

Silbidos, gritos.

Y el árbitro indicó el final de la primera parte.

* * *

El vestuario era un funeral.

Todos presagiaban la derrota. Gilmore procuró animar a sus jugadores.

—Podemos ganar, muchachos. Es más: ¡tenemos que ganar! Pero ¿qué os pasa? ¿Es que estáis acobardados? Joy…

El jugador levantó la cabeza.

—Sí, míster.

—¿Por qué diablos has jugado tan atrás? Antes de comenzar el

partido te he ordenado que jugaras adelantado. ¿Por qué no me has hecho caso?

—Lo siento, míster...

—Eso no es disculpa. Joy. A ti te ocurre algo.

—¡No! —Joy pegó un salto del banco—. ¡No me ocurre absolutamente nada!

Sus compañeros se volvieron para mirarle. Joy comprendió que se había puesto en evidencia. Echó un trago de «coca» y se apoyó en la pared.

—En esta segunda mitad vas a jugar más adelantado, Joy —masculló Gilmore—. Y cuando termine el partido, hablaremos a solas.

Joy obedeció las órdenes de su entrenador. Jugó más adelantado y lo intentaba todo, pero no le salía nada. Empezaba a exasperarse él mismo y contagió a sus compañeros. La defensa del West County no tenía problemas para frenar las incursiones de los delanteros de los Eagles, puesto que se mostraban torpes, faltos de ideas y completamente ineficaces frente a la portería. Parecía un equipo de segunda división y no un serio aspirante al título.

Y a medida que iban transcurriendo los minutos, la cosa iba empeorando. Se veían incapaces no ya solo de empatar el partido, sino de evitar que les marcasen un nuevo gol.

Gilmore ordenó cambiar a Joy.

El muchacho se retiró hacia la banda en medio de un prolongado abucheo.

Iba llorando.

* * *

Ignoró por completo que Gilmore le había ordenado que quería hablar con él al finalizar el partido.

Se sentía incapaz de sostener una conversación con nadie y mucho menos con su entrenador, puesto que sabía que este le haría una serie de preguntas a las que él no estaba dispuesto a responder.

Bajó a los vestuarios, se duchó y abandonó el estadio refugiándose en su flamante «Aston-Martin». Mientras se alejaba de allí, se sentía como un cobarde. Pero no podía hacer otra cosa. Se daba cuenta de que había fallado cuando más lo necesitaban y se sentía incapaz de afrontar su responsabilidad.

Ahora, lo único que deseaba era alejarse de todo y de todos, hundirse en la soledad de su apartamento y llorar su desgracia.

Aquella era la decisión que adopta el ídolo con los pies de barro.

Cuando llegó a su apartamento, lo primero que hizo fue descolgar el teléfono. Luego, se sirvió una buena ración de *whisky* y se tumbó en la cama.

Las ropas olían a Monique.

Todo olía a Monique.

Hasta su sangre.

Intentó borrarla de su mente sin conseguirlo. Le dolía descubrir la nefasta influencia que aquella mujerzuela ejercía sobre él. Era como una maldición.

Dos horas más tarde, a las ocho, encendió la televisión.

Sentía una malsana curiosidad por saber qué se hablaba del partido más importante de la jornada, es decir, el Eagles-West County, en el programa «Sábado con goles».

Apareció el comentarista de siempre, un tipo gordo y rojizo. Hizo un amplio resumen de la jornada, dejando para el final el plato fuerte.

Sobre unas imágenes del partido, su voz en *off* empezó a machacar:

«Aquí tienen ustedes, señores telespectadores, imágenes del match más importante que se jugaba hoy: Eagles-West County. Todo un acontecimiento *a priori*, pero que luego resultó una especie de pantomima. El West fue muy superior. Tácticamente y hombre por hombre. El Eagles no demostró ser un aspirante al título. Sus hombres jugaron agarrotados, sin ideas. Se movían por el campo como fantasmas por un castillo.

Y es que les faltaba su hada buena, es decir, Joy Baxter. No le recuerdo un partido peor. ¿Qué le ha pasado hoy a este muchacho? ¿Por qué ese cambio tan abismal con respecto a sus últimos partidos? Quizá no sea el ídolo que todos creíamos. Quizá…»

Joy apagó el televisor. No le faltaba razón a aquel tipo. A lo mejor no era tan bueno como él mismo se había creído. Un par de partidos deslumbrantes no justifican a un buen jugador. Lo cierto era que había hecho el ridículo ante setenta mil espectadores y eso le dolía hasta lo más hondo.

Pero había que buscar una razón a todo aquel estado de cosas.

Tampoco era normal que ayer fuese una gran figura y hoy un miserable paquete. Pronto comprendió qué le ocurría. Necesitaba a Monique. La necesitaba desesperadamente. Se había metido en su sangre y ya no podía vivir sin ella.

Como una droga...

* * *

Madame Cloud miró al abatido muchacho a través de la semipenumbra roja del pequeño salón rococó.

Joy estaba de pie frente a ella como un reo ante el juez. *Madame* Cloud, sentada detrás de su pequeña mesa de despacho estilo Chipendale, fumaba uno de sus cigarrillos de colores mientras observaba al jugador con más pena y comprensión que con afán de mujer de negocios.

—Monique no se encuentra aquí ahora, Joy —le dijo amablemente.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Posiblemente en su casa o en cualquier fiesta con su amigo y «protector», ese bastardo de Guido Scopola. Joy...

—No quiero saber nada, *madame* Cloud —le cortó el jugador—. Solo quiero ver a Monique.

Madame Cloud salió de detrás de su pequeña mesa de despacho. Como siempre, llevaba uno de esos extraños vestidos de amplísimas mangas y hasta los pies, algo muy deslumbrante y llamativo. Se movía lentamente, como un velero abriéndose paso entre las olas. Lanzó una bocanada de humo hacia el techo y luego miró a Joy como cualquier madre miraría a su hijo.

—Tienes que escucharme, Joy —dijo *madame* Cloud—. Yo tengo en esto mucha más experiencia que tú y, ¿sabes? me has caído bien aunque no juegues en mi equipo favorito.

—No quiero consejos, *madame* Cloud —gruñó Joy—. Quiero a Monique.

—Pues tendrás que escucharme. Mira, muchacho, eres un gran jugador. Tienes un brillante porvenir por delante. No lo estropees con esa mujer.

—¡Usted me la presentó!

—Claro, pero solo para que te divirtieras un rato con ella. Yo sabía que Monique era de primera calidad y por ese motivo te la

presenté. ¡Pero quién iba a suponer que ocurriría esto, Joy! —*Madame* Cloud hizo una pequeña pausa—. Lo que a ti te ocurre, es que has tratado con pocas mujeres. A lo mejor Monique ha sido la primera, ¿eh?

«No, no ha sido la primera —pensó Joy—. La primera fue María. Pero no se la podía comparar».

—Te has encaprichado de ella —prosiguió *madame* Cloud— precisamente a causa de esa falta de experiencia con las mujeres. ¡Eres tan joven, Joy! Claro que otros a tu edad ya han conocido a muchas mujeres, pero tú, debido a tu condición de futbolista, habrás tenido que hacer algunos sacrificios… y cuando has despertado al sexo lo has hecho casi de un modo brutal y, por qué no decirlo, con una mujer excepcional y de gran experiencia como es Monique. Creo que esa es toda la historia, Joy. Una historia como la vida misma y que tiene una fácil solución. Te presentaré a otra chica y…

—¡Quiero a Monique!

—Joy…

—*Madame* Cloud, es posible que todo lo que ha dicho sea cierto, pero no me importa. Estoy seguro de que ninguna otra mujer me complacería tanto como Monique. Ella es única.

—¿Sabías que se droga?

—¡Sí!

—¿Y aun así estás dispuesto a ir detrás de ella? Joy, piensa lo que vas a hacer. Piensa en ti. En lo que eres. Puedes verte metido en algún lío muy serio. ¿Has pensado en tu carrera tan brillante como jugador de fútbol?

—¿Dónde está Monique?

Madame Cloud dejó escapar un suspiro.

—Está bien, maldito testarudo. Tú sabrás lo que haces. La encontrarás en un *night-club* francés llamado Papillon. Está en la calle Oswold, en pleno Soho.

—Gracias… —musitó Joy, y dando media vuelta abandonó el pequeño salón.

* * *

Ratón McPhilips estaba en la redacción de su periódico escribiendo el artículo que aparecería en el matutino del día

siguiente.

Sus finos bigotes de foca parecían erizados. Eso era lo que solía ocurrirle cuando el artículo era bueno.

«El gran Joy Baxter: ¿un ídolo de pies de barro? ¡No! No y mil veces no. Joy Baxter sigue siendo un gran jugador. El mejor que he visto en los últimos diez años. Pero es evidente que algo le sucede. Y la prueba está en el último partido contra el West-County. ¿Y qué es ese algo? Ratón McPhilips lo sabe. Y voy a contárselo. Hay una mujer de por medio. Una hermosa mujer de origen francés llamada Monique. Joy está loco por ella, y...»

Ratón McPhilips siguió escribiendo cada vez más entusiasmado. Aquel iba a ser un artículo explosivo que, si bien era cierto no iba a favorecer en nada la carrera del gran jugador, su obligación como periodista era contar a sus lectores toda la verdad.

Y siguió escribiendo, escribiendo, y sus bigotes de foca estaban cada vez más erizados...

* * *

Joy penetró en Papillon abriéndose paso entre una completa oscuridad. Solo la pista estaba iluminada y en ella, una pareja, completamente desnuda, llevaba a cabo un complicado número erótico en el que también intervenía un gato de angora.

Buscó con la mirada a Monique, pero no era fácil distinguir a nadie entre las sombras de aquel túnel, solo se veía los bustos movibles de los camareros yendo arriba y abajo con las bebidas.

Se metió por entre las pequeñas mesas con el evidente riesgo de tropezar y caer encima de alguna pareja. Pero tuvo suerte. Monique estaba con un hombre —Joy supuso que se trataba del italiano al que se había referido *madame* Cloud— y otras dos mujeres con pinta de furcias de altos vuelos. De pronto, le pareció reconocer a una de aquellas mujeres. Joy se acercó un poco más a la mesa y su corazón sufrió un vuelco. ¡Era María!

¡Santo cielo! Parecía diez años mayor, aunque no se podía negar que estaba muy guapa. Estaba visto que la gente de Chatham no tenía demasiada suerte en la vida.

Se plantó delante de la mesa, como un fantasma.

Las tres mujeres y el italiano le miraron. María casi pegó un salto.

—¡Joy!

Monique miró a su compañera:

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Los dos somos de Chatham. Viejos amigos...

—Hola, María —saludó Joy. Luego volvió sus ojos hacia Monique—. Tengo que hablar contigo.

—Ahora no puede ser, Joy. Vuelve otro día. Ya sabes dónde encontrarme.

—Tiene que ser ahora, Monique.

—Ya ha oído a la señorita —gruñó Guido—. Váyase, por favor. Está molestando.

Joy agarró por un brazo a la muchacha.

—Vamos fuera.

El chulo se puso de pie y empujó suavemente a Joy.

—Lárguese de aquí antes de que le rompa las narices.

Joy no se lo pensó dos veces, ni tuvo en cuenta lo que aquel escándalo podía significar para él, cuando golpeó ferozmente la barbilla de Guido y este cayó hacia atrás arrastrando la mesa consigo.

María agarró por un brazo a su amigo con intención de llevárselo de allí, pero ya era demasiado tarde. Guido, que no estaba dispuesto a quedar en ridículo delante de sus «protegidas», se había levantado como un loco y se abalanzó sobre Joy.

Cayeron los dos sobre una pareja y de allí al suelo golpeándose salvajemente. Acudieron los alarmados camareros y un tipo hercúleo vestido de negro. El gigante agarró a Joy por el cogote y le obligó a levantarse.

Se encendieron las luces.

Y de pronto, alguien reconoció al muchacho enfurecido que se debatía entre los musculosos brazos del gigante.

—¡Pero si es Joy Baxter, el jugador del Eagles!

El gigante, estupefacto, miró a su presa.

—¡Anda, pero si es verdad! —exclamó.

Joy se sintió completamente ridículo delante de toda aquella gente que le miraba como si fuese un ser de otro planeta. Poco a poco empezó a comprender la magnitud de su error.

Tenía que largarse de allí, pero estaba seguro de que no se lo iban a permitir hasta la llegada de la policía. Dio un violento

empujón al confiado gigante y este cayó hacia un costado como un saco de patatas. Joy aprovechó la circunstancia para salir disparado hacia la salida atropellando a quién se le ponía por delante, y alcanzó la oscura calle cuando a lo lejos sonaba la sirena de la policía.

Se metió en un callejón que olía a orines y de repente oyó pasos. Pensó que pudiera tratarse del gigante o de Guido, pero se equivocó.

Era María.

CAPÍTULO VIII

El presidente de los Eagles, toda la junta directiva, el entrenador y los jugadores estaban abatidos.

No se trataba solo del artículo aparecido en el Daily Sport y que firmaba Ratón McPhilips, sino el escándalo en el *night-club* Papillon. Todo ello había contribuido a formar una terrible imagen de Joy, no solo en el seno del club sino ante todos los aficionados, unos aficionados que aún recordaban con desagrado el último partido de su ídolo frente al West County.

Pero la pregunta que ahora les escocía a todos era: ¿dónde diablos se había metido Joy Baxter?

Desde el escándalo en el Papillon no se le había vuelto a ver. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

La policía y un par de detectives privados alquilados por el club le estaban buscando incansablemente sin resultado positivo. Joy Baxter había desaparecido.

—Lo que más me preocupa, aparte de la desaparición de ese muchacho —estaba diciendo Gilmore en la reunión que aquella mañana tenía lugar en la sala de juntas del club— son las consecuencias que todo este maldito asunto pueda acarrear al equipo. ¡Precisamente ahora cuando aún estamos luchando por el título!

—Afortunadamente, el próximo sábado visitamos al colista —gruñó el *manager* del Eagles—. Y tenemos equipo suficiente para ganarles con o sin Joy.

—No se puede perder ese partido, míster Gilmore —dijo el presidente al entrenador.

Este asintió con la cabeza.

—No lo perderemos.

Aquella misma tarde, y a pesar de la pertinaz llovizna que estaba cayendo, tuvo lugar un duro entrenamiento. Nadie hablaba de Joy pero estaba en la mente de todos. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Por qué había permitido que una mujerzuela

destrozase su carrera? Gilmore eligió a un joven llamado Seaton para sustituir a Joy. Ambos poseían unas características de juego muy parecidas, aunque naturalmente existía una diferencia abismal entre ambos. Joy era una figura. Movía a todo el equipo. Seaton era uno más. Su única virtud era su enorme disparo.

La cabeza del entrenador estaba hecha un lío. Se preguntaba si podrían volver a recuperar a Joy después de lo ocurrido. Un asunto tan desagradable como aquel podía tener fatales consecuencias para la carrera del muchacho.

Gilmore pensaba también en la copa.

Muy pronto entrarían en el sorteo. Era un título que les vendría muy bien si no ganaban la liga, cosa que al entrenador le parecía poco probable. Había visto muy fuertes a los del West County y ellos, por el contrario, iban hacia abajo. ¡Si al menos pudiesen ganar la copa…!

Se efectuó el entrenamiento con Seaton en lugar de Joy. No esperaba que el muchacho fuese capaz de dirigir el juego del equipo y no se equivocó. Seaton puso buena voluntad. Poseía un hábil regate y un potente chut, pero no tenía la visión de la jugada de Joy ni su enorme técnica.

El sábado acudieron al campo del Brighton, último clasificado de la liga.

Gilmore estaba seguro de poder ganar. Es más, tenían forzosamente que vencer o ya podían despedirse del título, si es que todavía tenían alguna esperanza de alcanzarlo.

Fueron recibidos con tremendos abucheos, como si ellos fueran los culpables de todo lo que estaba ocurriendo con Joy.

No habían transcurrido los primeros quince minutos de juego, cuando Gilmore se dio cuenta de la terrible realidad. La responsabilidad del partido y la ausencia de Joy estaba pesando como una losa sobre sus jugadores.

Se mostraban terriblemente torpes, al igual que quince días antes frente al West County. Ponían mucha voluntad, era cierto. Pero no era suficiente, puesto que los muchachos del Brighton, sabiendo que estaban condenados a la segunda división, jugaban con pasmosa tranquilidad y habían acorralado a los Eagles en su área.

¡Santo Cielo, cómo había cambiado aquel equipo desde que

faltaba Joy Baxter!

Gilmore sabía lo que ocurriría, pero no hasta aquel extremo. Los Eagles eran como un lujoso automóvil sin conductor. Se habían acostumbrado al juego de Joy, a su juego profundo y exacto. Cada uno de sus centros llevaba peligro; sus pases causaban estragos en las defensas contrarias siempre cogidas a contrapié, sus cambios de juego eran imprevisibles y descentraban por completo a sus marcadores, sus goles eran siempre decisivos y oportunos.

Y los Eagles carecían ahora de todo aquello. Jugaban bien, pero les faltaba su gran figura, el compañero que les sacaba de apuros y les llevaba a la victoria.

Afortunadamente para los Eagles y a la salida de un córner, su defensa central acertó a meter la cabeza y marcó un gol.

Fue un gol muy importante y que les devolvió cierta tranquilidad. Sin embargo, cometieron el error de echarse hacia atrás para defender aquel miserable gol y poco antes de terminar la primera parte, el Brighton empataba…

* * *

—¡Bah! ¡Sin Joy Baxter no valen nada! —gruñó el portero de un bloque de apartamentos de la calle Nelson después de escuchar a través de un pequeño transistor el gol del empate del Brighton—. ¡Si ese muchacho no aparece pronto ni siquiera tendrán esperanzas en la copa!

Encendió un cigarrillo y volvió a pegar su oído al transistor en el momento en que un individuo con gabardina apareció por la puerta principal. El portero le miró por encima de sus gafas. No conocía a aquel individuo. Desde luego, no era huésped de los apartamentos. A lo mejor iba a visitar a alguna de las chicas que vivían allí.

El portero dejó el transistor sobre el mostrador y se encaró al recién llegado.

—¿Qué desea, caballero?

Aquel hombre le mostró su identificación: «Sargento Banion. Scotland Yard».

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el portero con desconfianza. No era muy amigo de los policías.

—¿Vive aquí una muchacha llamada María Minelli? —preguntó el sargento.

—Sí, creo que sí…

—¿Solo lo cree?

—Verá, sargento… es que aquí se hospedan tantas chicas —gruñó el portero— que si tuviera que acordarme del nombre de todas… Pero ese nombre me suena.

—Mire en el registro.

El portero soltó un gruñido. Aquel tipo le estaba impidiendo escuchar el resto del partido. Se agachó detrás del mostrador y sacó un grueso libro. Lo hojeó y finalmente levantó la cabeza.

—En efecto —dijo el portero—. Ocupa el apartamento 56.

—¿Cuándo la ha visto por última vez?

El portero se rascó la cabeza.

—Pues verá… ahora que lo dice… hace ya varios días.

—¿Cuántos?

—Quizás ocho o diez…

—¿Era normal en ella estar tanto tiempo ausente?

—No. Lo máximo que estaba fuera era un par de días. Ya sabe —el portero guiñó un ojo al policía—, algún fin de semana. «Negocios», ¿comprende?

—¿Tiene idea de dónde puede haber ido? —preguntó el policía tomando notas en un pequeño block con tapas negras.

—Ninguna. Pero quizá lo sepa…

¡GOOOOOL!

El portero se olvidó del policía y agarró el transistor llevándoselo al oído.

—¡Los Eagles han marcado su segundo gol! —exclamó muy contento el portero.

Pero el policía no parecía compartir su alegría. Su rostro sin expresión le miraba con la misma frialdad con que se observa un cadáver. El portero dejó de nuevo el transistor sobre el mostrador.

—Esa muchacha no vivía sola —prosiguió el portero—. Compartía el apartamento con otra chica. Quizá ella sepa dónde se encuentra María.

—¿Está esa chica ahora en el apartamento? —preguntó el policía.

—Creo que sí.

El policía subió hasta el apartamento 56 y llamó a la puerta. Esta se abrió al cabo de un par de minutos y apareció una

soñolienta muchacha de unos veinte años. Llevaba puesta una bata estampada, pero se adivinaba que tenía un bonito cuerpo. El policía le mostró su identificación. La muchacha despertó de golpe.

—¿Policía? ¿Qué pasa? No he hecho nada malo.

—Tengo que hablar con usted acerca de su compañera.

La muchacha abrió totalmente la puerta para que entrase el policía. El apartamento no era muy grande, pero sí muy acogedor y bastante elegante. Era evidente que el «negocio» funcionaba bastante bien.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a María Minelli? —preguntó el policía.

—Pues… no me acuerdo. Quizá hace cinco o seis días.

—¿Está segura?

—Bueno, yo… La verdad es que no estoy muy segura…

El policía se dio cuenta de que aquella muchacha sabía mucho más de lo que quería aparentar. La miró esperando una respuesta más concreta. La muchacha se encogió de hombros.

—No quiero líos con la policía, ¿sabe? Le prometí a María que no le diría a nadie dónde se encontraba, pero si se trata de algo importante no quiero verme envuelta en sus problemas. Hace seis o siete días me llamó por teléfono para pedirme que le llevara algo de ropa y dinero a cierta dirección…

—¿Qué dirección?

—Está en Greenwich. Tiene allí una pequeña casita a la que suele ir algunos fines de semana con… con los amigos, ¿comprende?

—Perfectamente. ¿Y cuál es la dirección exacta? —el policía se dispuso a tomar nota en el bloc de tapas negras.

—¿Ha hecho algo malo? —preguntó la muchacha.

—Eso es cosa nuestra, señorita —respondió el policía con el bolígrafo en la mano.

La muchacha se la dio y el policía abandonó el apartamento. Cuando pasaba por delante del portero, este exclamó:

—¡Los Eagles han ganado en el campo del Brighton por dos a uno! ¡Eso aún les permite luchar por el título!

El policía no le hizo ni caso.

* * *

Gilmore, el entrenador de los Eagles, estaba hablando con los

periodistas después del partido. Las mismas preguntas de siempre, las mismas respuestas de siempre:

—¿Cree que su equipo aún tiene posibilidades de ser campeón?

—Naturalmente. Por eso luchamos.

—¿Han tenido noticias de Joy Baxter?

—Ninguna.

—¿Qué cree que le puede haber ocurrido?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Lo único que sé es que estoy deseando que aparezca para incorporarlo al equipo.

Las preguntas y respuestas continuaron por espacio de diez larguísimos minutos. Gilmore estaba deseando abandonar la pequeña sala atestada de periodistas, la mayor parte de los cuales estaban más interesados en Joy Baxter que en el partido recién jugado.

Finalmente, el entrenador de los Eagles pudo abandonar aquel infierno y cuando se dirigía a los vestuarios, alguien le salió al paso. Era Ratón McPhilips.

Gilmore no sentía ninguna simpatía por aquel tipo. Reconocía que era un gran periodista, pero era capaz de vender a su propia madre con tal de poder ofrecer un buen artículo a un público ávido de sensacionalismos.

—Llegas tarde, Ratón —gruñó Gilmore—. Acabo de dar mi conferencia.

—¿Tienes alguna noticia escondida en la manga, Gilmore? —preguntó Ratón, sonriendo detrás de aquellos bigotes de foca.

—Ninguna. Pero aunque la tuviese no te la daría.

—¿Tan mal me he portado contigo? Yo no lo creo. Los Eagles no pueden tener queja de mí. Les tengo un cariño especial y tú lo sabes, Jack.

—Ya lo he visto en tu último artículo despedazando a Joy Baxter.

—Ese niño bonito merece una buena lección. Todo lo que le ocurre es por su culpa. Un jugador de su categoría no puede permitirse el lujo de cometer los errores que ha cometido. No solo se ha perjudicado a él, sino también la imagen del club. Y yo solo me he limitado a exponer unos hechos.

—¡Pues le has hecho un flaco favor, Ratón! —gruñó Gilmore—. Escucha, con tus años de experiencia en este mundo, deberías saber

que cuando un jugador de fútbol adquiere la fama de Joy, se convierte en un niño mimado. Y con más razón si esa fama se adquiere cuando apenas se tienen veinticuatro años. Hace solo unas semanas; Joy jugaba en un equipo de segunda división y de repente se ha visto catapultado a la fama, una fama que todavía no ha podido digerir. Tú deberías saber todo eso, Ratón, y haber sido un poco más considerado con él. ¿No te parece?

—Siempre lo he admirado como jugador, Jack. Y así lo he escrito.

—No es suficiente. Lo que Joy necesita ahora es comprensión. En realidad la ha necesitado desde el día en que puso el pie por primera vez en nuestro estadio. Pero la mayoría de la gente no ha tenido en cuenta eso, y tú el primero.

La conversación se vio interrumpida por la inesperada presencia de un hombre enfundado en una gabardina. Era el sargento Banion de Scotland Yard.

—¿Puedo hablar a solas con usted, señor Gilmore?

El entrenador de los Eagles y el sargento de policía se dirigieron a un rincón. Ratón no se perdía detalle de la conversación. Su olfato de periodista le decía que estaban hablando de Joy Baxter y cuando los dos hombres se alejaron por el túnel, el periodista esperó unos minutos y se fue tras de ellos.

CAPÍTULO IX

El suelo enmoquetado estaba lleno de periódicos deportivos. Todos hablaban de Joy Baxter. Se había convertido en un hombre más famoso que un ministro o incluso que la propia reina. Algunos artículos eran realmente demoledores. Nadie parecía sentir compasión por él, nadie parecía comprenderlo.

Joy, con barba de varios días, estaba tumbado en el sofá del pequeño saloncito. Muy cerca de él, al alcance de la mano, tenía una botella de *whisky* de la que se había bebido la mitad. Permanecía en silencio, con los ojos clavados en el techo.

María le observaba desde el otro ángulo del salón sin atreverse a decirle nada. Al principio, cuando le llevó allí después de lo ocurrido en Papillon, se alegró de tenerlo de nuevo a su lado. Joy quería permanecer oculto de todo el mundo y a ella le pareció una gran idea. Pero lo que no podía imaginar era que asistiría a la autodestrucción de su amigo y aquello no podía permitirlo. No quería ver a Joy borracho ni comportándose como si ya nada le importase en este mundo.

Joy había demostrado ser un hombre débil. Se había dejado arrastrar por las circunstancias sin hacer nada por impedirlo.

María se acercó hasta él.

—Joy —le dijo en un susurro—, esto no puede seguir así.

Él la miró.

—Dime qué puedo hacer...

—Luchar.

—¿Para qué?

—Para volver a ser el mismo de antes, Joy.

—¿Has leído los periódicos, María? ¿Has escuchado la televisión? Soy poco menos que un bandido. ¡Mi carrera como futbolista se ha terminado! ¿Es algo que ha sucedido por mí culpa? Posiblemente. ¡Qué más da!

Joy fue a echar un trago de aquella botella, pero la muchacha se la quitó de las manos. Sus ojos brillantes de rabia.

—¡Eres un maldito cobarde, Joy Baxter! —le escupió—. ¿Dudas acaso que toda la culpa ha sido tuya? ¡Naturalmente que lo ha sido! ¿Quién se lio con esa zorra de Monique hasta dejarse absorber el seso? ¿Quién ha cometido la estupidez de provocar un escándalo en Papillon delante de todo el mundo? Pero eso no es lo peor, Joy. Acepto que un hombre se vuelva loco por una mujer, aunque se trate de una mujerzuela, y que esa absurda locura le lleve a cometer una insensatez como la que tú cometiste en Papillon, pero lo que no puedo aceptar es la cobardía. Y tú estás actuando como un cobarde, Joy. En lugar de dar la cara, te escondes. Y lo que es peor, te estás autodestruyendo. Esa es la postura más cómoda, ¿verdad?

—No sabes lo que estás diciendo…

—¡Lo sé perfectamente! ¡Tienes miedo de enfrentarte a la opinión pública, tienes miedo de volver a pisar un campo de fútbol por temor al fracaso, tienes miedo de ti mismo y por eso te escondes aquí! ¿Hasta cuándo, Joy? ¿Hasta cuándo crees que podrás permanecer oculto sin rendir cuentas a tus admiradores? Te estás comportando como un niño que ha cometido una travesura en el colegio y teme volver a casa y enfrentarse con sus padres.

—¡Yo no le tengo miedo a nadie!

—¡Entonces demuéstralo! ¡Vuelve a tu equipo y procura ser el mismo que fuiste antes, en lugar de ampararte detrás de una botella de *whisky*!

—¿Y qué me dices de ti? —gritó Joy poniéndose de pie de un salto—. ¡Una maldita drogadicta! ¿De quién diablos te escondes tú?

—Yo no me debo a nadie, Joy. Tú, sí. Te debes a todo ese público que te ha encumbrado, que te ha mimado, que ha hecho de ti su ídolo. ¡No puedes ni debes defraudarles!

Joy clavó sus enturbiados ojos en la muchacha. Aquellas palabras habían abierto una brecha en su cerebro y de pronto, como en un sueño, escuchó el griterío del público coreando su nombre en el estadio de los Eagles.

«¡Joy! ¡Joy! ¡Joy!»

Los faros de un coche lo devolvieron a la realidad.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó a María.

Ella movió la cabeza y se acercó a la ventana. Vio a dos hombres avanzando hacia la casa.

—¿Los conoces? —preguntó María.

—Es mi entrenador. Al otro no lo conozco. Pero ¿cómo diablos habrán dado con el escondite?

—Eso poco importa ahora. Joy —respondió María apartándose de la ventana—. Lo cierto es que están aquí y me alegro. Joy, ahora tienes tu gran oportunidad. No sigas retrocediendo. Si aún me quieres un poco, hazlo por mí. Y también por ti mismo y por tu público…

Sonó el timbre de la puerta. María dio media vuelta y fue a abrir.

Jack Gilmore fue el primero en entrar al salón. Al ver el aspecto de su jugador, sintió deseos de abofetearle. Pero se contuvo. Joy necesitaba comprensión. Era un niño. Solo eso. Un niño que había alcanzado la cima demasiado pronto.

—He venido a buscarte, Joy Baxter —dijo el entrenador con voz ronca— y no pienso irme de aquí sin ti.

Cinco minutos después, los tres hombres se dirigían al coche del policía.

Ratón McPhilips les vio desde su viejo «Morris». Por fin habían encontrado a Joy Baxter. Era una gran primicia y él sería el primero en darla…

EPÍLOGO

El duro contacto del balón con su cabeza pareció devolverle a la realidad. Todo volvía a estar en su sitio, volvía a ser el jugador del Eagles en quien todos confiaban, y, como muy bien había dicho María, no podía defraudarles.

Atrás quedaba una ridícula historia que hacía referencia a un joven jugador de fútbol que de la noche a la mañana se había visto transportado del anonimato a la fama, un joven que de pronto había despertado al sexo y que podía permitirse todos los caprichos, incluso alquilar una mujerzuela...

Quizá había sido necesario que pasase por aquella amarga experiencia.

Golpeó con fuerza el balón, con rabia... como si aquel pedazo de cuero tuviese la culpa de todos sus males.

Después del remate cayó al suelo, en medio de una nube de piernas. Y oyó «¡GOOOOOOL!»

Aquella palabra mágica inundó el estadio y comprendió que había marcado un gol para su equipo, y de repente se vio abrazado por sus compañeros, estrujado en sus brazos. Todo era como un sueño.

Joy Baxter pudo al fin ponerse de pie, emergiendo de entre aquella nube de piernas. Oyó las palabras de ánimo de sus compañeros mientras se dirigían al centro del campo y vio a su entrenador, Jack Gilmore, con los brazos en alto, como si quisiera transmitirle toda su fuerza, y siguió escuchando los aplausos de los espectadores por el gol que había conseguido su equipo y que acababa de marcar él.

Y a partir de ese instante, Joy Baxter volvió a ser el que fue.

Era como si de repente hubiera despertado totalmente a la pesadilla y hubiese comprendido que, por encima de él mismo, había todo aquel público que esperaba todo de Joy Baxter. Y aquello era lo único importante y por lo que valía la pena luchar. Atrás quedaba la pequeña historia de un muchacho mimado por la

fama que no había sabido comportarse como un hombre.

Y cuantos en aquel momento estaban en el estadio vieron con asombro cómo Joy Baxter resurgía de sus cenizas. Con el balón perfectamente controlado en los pies, avanzó por el lado derecho de su ataque. Se dribló a tres contrarios, avanzó un poco más e hizo una perfecta pared con el extremo izquierdo.

Joy se plantó solo delante del portero y cuando este salió de su portería le batió por encima de su cuerpo. Fue un gran gol, propio de un maestro.

Y el campo se llenó de voces, gritos:

«¡Joy, Joy, Joy!»

Sí, todo volvía a ser como antes. Y Joy Baxter siguió jugando como él sabía hacerlo, hasta llevar a su equipo a la victoria.

Y aquella noche, en la redacción del Daily Sport, McPhilips se dispuso a escribir su crónica del partido:

«Esta crónica voy a titularla EL REGRESO DEL HÉROE… Quizá algunos piensen que exagero, pero no es así. Esta tarde todos han podido presenciar el gran partido de Joy Baxter. Un partido como los que nos tenía acostumbrados antes de los últimos acontecimientos. »Yo era el primer escéptico. Creía firmemente que Joy no volvería a ser el mismo de antes. Me viene a la memoria un caso parecido al de Joy. ¿Se acuerdan ustedes de aquel jugador llamado Mike Callahan? Era por los años cincuenta. Mike no volvió a ser el de antes. Su nombre quedó sumergido en el olvido». Pero, afortunadamente, Joy Baxter ha sabido reaccionar a tiempo y yo me alegro de ello, porque los buenos aficionados al fútbol siempre agradecemos a jugadores como Joy su indudable clase, la única que hace afición de verdad.

»¡Bienvenido a casa, muchacho!».

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

1 **«Las águilas de Londres».**